
CIENCIA FICCIÓN
E
LUCKY MARTY
CONTAMINACION

CONTAMINACIÓN

LUCKY MARTY

CONTAMINACIÓN

E d i c i o n e s T O R A Y

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Dep. Legal: B. 46506 –69

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

El progreso es la realización de las utopías.

Oscar Wilde.

CAPÍTULO PRIMERO

...Y se llegó al momento en que el hombre supo que tenía en sus manos el poder de acabar con la vida en la Tierra.

Es más: hasta el año 2.145 el asesinato o el suicidio colectivo no habían tenido posibilidad cíe llegar a ser planetarios. Pero ya era así y la nación de tal posibilidad afectaba a todos. Por lo menos, afectaba a los más conscientes y responsables.

Cierto que, en las altas esferas militares o gubernamentales, aún se hablaba del tan traído y llevado miedo a la guerra termonuclear; pero a los doscientos años de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, tal miedo se hallaba muy amortiguado y empezaba a olvidarse.

Los países habían llegado a la conclusión de que una guerra termonuclear, aunque no imposible, era casi improbable. Era una guerra que nadie ganaría y perderían todos.

El miedo a las «Bombas» de diez mil megatones estaba, en realidad, neutralizado por la misma potencia de tales artefactos bélicos. De ahí que si los hombres de los años 1945 habían padecido tal miedo, los hombres que vivían en el segundo siglo del tercer milenio lo hacían bajo la amenaza de otro miedo.

Un miedo muy justificado.

Por supuesto y dado las formas supercivilizadas de entenderse las grandes superpotencias, no era ya un miedo producido por las armas mortíferas que todos poseían, sino, por paradoja, por lo que son los llamados instrumentos de civilización y de progreso. Por los resultados mismos de tales medios.

La tecnología, madre del bienestar, amenaza sin embargo con destruir la vida. Ésta era una amenaza no menos grave, aunque menos espectacular, que la amenaza que se había venido sintiendo por las bombas atómicas.

El peligro era mayor, dado que este miedo no era aún popular, no lo compartía el hombre medio de la calle, los millones y millones de seres humanos que dejaban transcurrir sus vidas cómoda, plácida y organizadamente, disfrutando de un progreso que terminaría por aniquilarles.

Cuestión de tiempo.

En contraste, los sabios y los científicos sí conocían este miedo y se preocupaban de él. Tanto, que los gobiernos ya empezaban a sacudir su pereza llena de escepticismo y a escuchar los resultados de sus periódicas reuniones,

deseando aplicar medidas para evitar el suicidio colectivo que parecía avecinarse.

No hacía mucho que en Astrea, uno de los miles de asteroides colonizados existentes entre las órbitas de Marte y la Tierra, había tenido lugar una auténtica «cumbre» científica a escala planetaria, a la que habían asistido los cerebros más preclaros en todas las ramas de la Ciencia. Habían elegido aquel punto tan distante y remoto del Sistema no por snobismo ni puro capricho, sino para que el resultado de sus deliberaciones transcendiera amortiguado a los medios informativos, evitándose así las noticias alarmantes que, a bien seguro, podían crear graves problemas, al desencadenarse el miedo colectivo.

No obstante, algo había trascendido de esta reunión de «cerebros», ya que algunos titulares de la prensa la calificaron, jocosamente, como «La Conferencia del Miedo.»

Lo cierto era que los cinco mil científicos se habían reunido allí no para estudiar nuevos medios o planes que aplicar al progreso, sino para estudiar los problemas que amenazaban a la Humanidad.

En cierta forma, los avispados periodistas tuvieron razón en llamar a esta cumbre de cerebros «La Conferencia del Miedo», ya que el miedo había sido el punto axial de todos sus debates sostenidos en tal punto perdido en el espacio, consignados en sus comunicaciones dirigidas, posterior y únicamente, a los departamentos gubernamentales correspondientes.

En tales comunicaciones científicas quedaba reflejado el pánico de aquellos hombres responsables, preguntándose desde mil ángulos y con sólidos argumentos, cuáles eran las posibilidades de supervivencia del hombre en medio de sus propias creaciones científicas y tecnológicas. Y apurando al máximo, también se preguntaban sobre la crisis de los valores morales, y qué valores nuevos hacían falta para la adaptación a la vida, si el progreso continuaba al mismo ritmo creciente.

Si el progreso continuaba al mismo ritmo creciente...

Muchos de aquellos científicos llegaron a la conclusión de que tal continuación llevaba a la muerte. Y no a una destrucción por guerras nucleares, sino por la contaminación del aire, de las aguas fluviales y marítimas, del urbanismo gigantesco y descabellado y de la justamente llamada «explosión» demográfica que ya alcanzaba a los... ¡DIEZ MIL MILLONES DE HABITANTES!

Justo será indicar que en aquella «Conferencia del Miedo» se hallaban presentes personalidades tan relevantes como el profesor Gunnar Bergman, dos veces Premio Nobel de Física y Química, noruego de nacimiento, pero que, de sus setenta años, había pasado cuarenta viajando por todo el Sistema Solar, fundando y creando centros científicos de investigación en todos los planetas colonizados a partir de la sexta década del tercer milenio. También

estuvo presente el norteamericano Patrick Thorson, el ruso Markovich y el francés Jacques Perrier, Premio Nobel de Biología el primero, de Etnología el segundo y de la Paz el tercero.

Al sabio Gunnar Bergman y a los otros citados podía añadirse una larga lista de cuatro mil novecientos noventa y seis especialistas más en todas las ramas de la Ciencia, con méritos propios cada uno de ellos como para haber sido invitados a realizar un viaje de tantos millones de kilómetros por el espacio exterior. En Astrea todos estos hombres habían cambiado impresiones, cotejado sus investigaciones, discutido sus puntos de vista y llegado a una triste conclusión. La Humanidad, tan creadora, se hallaba amenazada por los detritus de sus propias creaciones industriales.

El aire y las aguas se habían convertido en elementos nocivos. Fatalmente nocivos.

Por lo que atañía a la contaminación del aire y de las aguas se estuvo totalmente de acuerdo en que la gravedad era real. Casi apremiante. Los análisis químicos de muchos ríos de capital importancia para el abastecimiento necesario, en no pocas ocasiones habían causado la muerte, no ya a centenares de millones de peces como ocurrió en cierta ocasión en el Rhin alemán, sino también la de millares de personas.

Los departamentos de sanidad paliaban el problema asegurando al público que tales «accidentes» ocurrían por alguna deficiencia técnica. Tal cosa no era verdad: ocurría así porque la madre Tierra ya estaba vieja, exprimida y envenenada.

Contaminada.

Incapaz de absorber tanta y tanta creación artificial que siempre dejaba detritus.

¡Basuras!

En la referida «Conferencia del Miedo», la voz pausada y docta del sabio profesor Gunnar Bergman se alzó una y otra vez, advirtiendo a todos sus colegas:

—Hay que cesar en una contaminación que ya pone en peligro la vida humana.

Hablaba con profundo conocimiento de causa. En su país, y en la vecina Suecia, la principal industria era la del papel: cierto que el consumo cada vez mayor de tal elemento era fuente de prosperidad económica. Pero también se estaba convirtiendo en la emanadora de tóxicos sin antídotos posibles.

A esto había que añadir que, durante los últimos doscientos años, el hombre había destruido dos tercios de los bosques del mundo. *El oxígeno, faltaba.*

Lo que sucedía en Noruega y Suecia se registraba también, alarmante, en otros muchos lugares de la Tierra, siendo ya universal el mal. La industria pesada, las gigantescas factorías, los centros de creación artificial de las más diversas materias, la cremación de los desperdicios, las explotaciones petrolíferas y todo el complejo mecanismo de los productos bioquímicos, exigían una cara contribución de aire sano y vital que se les restaba a los hombres.

Pero... ¿Cómo resolver estos problemas sin dar un frenazo al progreso y la civilización industrial?

Según los «cerebros» había que llevar a cabo una ardua campaña que, en modo alguno, podía ser emprendida y sufragada por un solo país. Era aquélla una seria empresa internacional que requería el esfuerzo común, no ya de todos los gobernantes convencidos del peligro y puestos de acuerdo, sino de todo el género humano.

Asimismo, los «cerebros» pusieron en su comunicado de relieve la amenaza del fantástico «boom» demográfico. En su detallado informe, los especialistas aseguraban que al actual ritmo de crecimiento cada treinta años se doblaría la población mundial: según ellos, la Tierra no podría resistir tan desmesurada población y a este respecto las medidas habían de ser urgentísimas.

Muchos de aquellos hombres afirmaban que las autoridades tenían la culpa de este tercer gran problema, por no tomar prudentes medidas políticas y religiosas, para evitar tal explosión demográfica que también amenazaba con terminar serios trastornos político-religiosos, con posibles transcendencias incalculables al quedar limitada la libertad de las parejas.

Al llegar a este punto de la discusión, el antropólogo alemán Max von Thulin había dicho.

—Sé que definir una nueva ética no entra ni en el papel de la Ciencia ni en sus posibilidades. Pero, al menos, la Ciencia permite constatar la falta de nuestro sistema de valores. Por lo tanto, es preciso encontrar otro que se inspire en la realidad biológica del hombre…

Muchos de los reunidos en la famosa «Conferencia del Miedo» celebrada en el asteroide Astrea, habían levantado sus voces en protesta de la proposición del científico alemán, el cual, ante los escrúpulos religiosos de sus colegas, había terminado por remachar:

—Caballeros: yo les digo que ningún mito, ningún dogmatismo ni ninguna vieja creencia, resiste la evidencia de la Ciencia moderna. Y todos ustedes saben que esa misma Ciencia nos está indicando que la Tierra no puede superpoblarse más.

Resumiendo; los cinco mil científicos reunidos en la «Conferencia del

Miedo» estuvieron en Astrea discutiendo durante días y semanas, para llegar a una conclusión que pretendían fuera oficial, aceptada por todos los países del mundo.

Era preciso tomar medidas internacionales para superar los problemas de la contaminación de las aguas y del aire, de la superpoblación y del urbanismo anárquico.

Y como coletilla añadían en su comunicado: «Si no se toman tales medidas será debido a que nuestro sistema de valores empieza a ser inadecuado para nuestra época y civilización...»

Y todo esto, claro está, acarreó serias consecuencias.

CAPÍTULO II

El profesor Gunnar Bergman estaba de muy mal humor.

No era de extrañar porque, siempre que su finca a pocas millas de Oslo se llenaba de invitados, le ocurría lo mismo. No es que odiase a la gente pero, a sus setenta años cumplidos y después de cuarenta de viajar por el espacio exterior, se había acostumbrado a la soledad.

En aquellos largos viajes, exceptuando cuando tenía que inaugurar algún nuevo centro de investigación y pronunciar conferencias, la mayoría del tiempo lo había pasado en el silencio de sus laboratorios flotantes, soportando la compañía de sus colaboradores más directos.

Se decía, y era cierto, que cuando alguien le echaba en cara su misantropía solía replicar:

—¿Saben por qué, en términos generales, la gente huye de la soledad? ¡Porque hay muy pocos que se encuentren en buena compañía consigo mismo! Cuando no es así yo les aseguro que la soledad es la prueba suprema de la humildad o de la excelsitud de un espíritu.

Por supuesto, nadie se atrevía a contradecirle. Lo último resultaba algo pedante para decirlo de uno mismo; pero el profesor Gunnar Bergman no era de los que se callase nada y hartas pruebas había dado de poseer ese espíritu selecto al que hacía mención. Y no sólo por los dos Premios Nobel ganados en el campo de la Física y la Química y por las muchas realidades prácticas sacadas de sus investigaciones, sino por su gran cultura polifacética, por sus profundos conocimientos en todas las ramas del saber humano y porque, exceptuando dos breves años de su lejana juventud dedicados a un fallido matrimonio, el resto de sus energías y larga vida habían sido dedicados única y exclusivamente a la Ciencia.

A la Ciencia de la que también solía decir:

—Ninguna ciencia, en cuanto ciencia, engaña. El engaño está en quien no la sabe.

Pero aquel día, el malhumor del profesor Gunnar Bergman no se debía exclusivamente a que, con sus manías de anfitriona, su nieta Bonnie le hubiese llenado la casa de invitados. En realidad, más que la gente en sí lo que le molestaba era las insulsas conversaciones. Le crispaba los nervios ver que la gente gastaba su tiempo charlando de cosas sin importancia. Para un espíritu analístico como el suyo, tal cosa constituía no sólo una majadería sino un delito de la humanidad.

—No hay valor más absoluto que el tiempo y por eso es un delito perderle

en tonterías —solía decir también—. Tengan en cuentan que estos minutos que pierdan no volverán.

—Pero el presente, abuelo... —solía objetar su nieta.

—¡No existe el presente! — atajaba el anciano con energía —. Lo que llamamos presente no es otra cosa que el punto de unión del futuro con el pasado.

Sí: el profesor Gunnar Bergman era un hombre terrible, con frases lapidarias que a muchos le producían sobresalto. Quienes le conocían podían asegurar que jamás le habían visto sonreír, puesto que, al respecto opinaba, tan seca y tajantemente como siempre:

—La risa es copiosa en la boca de los necios.

De ser esto cierto, a la bonita y delicada Bonnie Gillman se la podía tomar por una necia, ya que sus labios gordezuelos y granates casi siempre sonreían. Pero con su nieta Bonnie el grave y anciano profesor hacía una excepción: la muchacha sonreía porque era joven, porque estaba en la edad de enamorar a un hombre y, al fin de cuentas, como última excusa, porque era mujer.

A los ojos de su abuelo la rubia Bonnie tenía estas prerrogativas simplemente.

Estas rotundas opiniones de su abuelo le sacaban de quicio a la muchacha, empeñada en demostrarle desde que decidió ser uno de sus más directos ayudantes, que podía ser mujer, bonita, elegante y al mismo tiempo útil a la sociedad. Ahí estaban, si no, sus estudios cursados en Biología, Química y Física; su labor como fiel y abnegada colaboradora de su abuelo, su dedicación a la Ciencia y, también, el hecho jamás reconocido por el malhumorado científico de que la necesitaba y no sabía hacer nada sin su ayuda.

Aquella misma fiesta dada en honor de los representantes de diversos gobiernos, que tras la reunión de la «Conferencia del Miedo» estaban interesados en hablar con el viejo profesor, había tenido que ser organizada por la nieta del dueño de la casa. Bonnie era una delicia para tales cosas y su abuelo lo sabía: en la fiesta no faltaba ningún detalle y el profesor Gunnar Bergman habría podido quedar por un excelente anfitrión, a no ser por su manía de deambular por las habitaciones interiores, rehúyen de los encuentros con sus invitados a quienes, forzosamente, tarde o temprano sabía que tendría que saludar.

Pero de momento se obstinaba en permanecer en su despacho privado, contemplando a través del amplio ventanal la terraza giratoria que seguía el camino del sol, en la que muchos de los invitados charlaban en animados grupos y bebían refrescos con la glotonería de un beduino en el desierto.

A su lado permanecía el alto y fornido Edward Sindrich, recientemente

nombrado por la Academia de Ciencias de Oslo ayudante principal y secretario del profesor Gunnar Bergman, al que dijo el dueño de la gran mansión:

—¿Sabe ya lo de Osuko Omary?

—Sí, profesor.

—¿Y lo del biólogo Reader?

—También, profesor.

Edward Sindrich conocía muy bien a su jefe y por eso se limitaba a contestar con las palabras precisas. En los primeros días en sus órdenes, le había oído repetir que las palabras superfluas sobraban y, aprendida bien la lección, se limitaba a contestarle casi con monosílabos.

La voz opaca del anciano profesor volvió a sonar quedamente en la habitación acristalada.

—Ha sido una gran pérdida.

—Sí, profesor.

El dueño de la casa suspiró, antes de añadir:

—Me resisto a creer en dos casuales accidentes, casi a la vez y en puntos tan distantes como son Tokio y Berlín.

—Yo también, profesor.

Los ojos sin pestañas del profesor Gunnar Bergman buscaron las pupilas azules de su joven ayudante, indagando, siempre parco en palabras:

—¿Asesinato, Edward?

—Sí, profesor.

La mano huesuda del anciano se abrió se agitó algo inquieta batiendo el aire al apremiar, visiblemente malhumorado:

—Al menos por una vez, sea usted algo más explícito, Edward. ¿Por qué cree que el profesor Osuko Omary y el biólogo Reader han sido asesinados?

Edward Sindrich miró fijamente a su jefe.

—Como guste, profesor.

Pero el joven ayudante permaneció silencioso, dando tiempo a que la impaciencia de su superior contestase por él mismo su propia pregunta al oírle decir:

—Sí, Edward: una vez más tiene usted razón. No hace falta que me diga por qué cree que esos dos hombres han sido asesinados. ¡Los dos lo sabemos perfectamente!

—Así es, profesor.

Nuevamente guardaron silencio los dos, contemplando desde el gabinete de trabajo la amplia terraza giratoria que seguía lentamente, por medio de la aplicación de la energía solar, la lenta trayectoria del astro rey que aún iluminaba en aquella soleada mañana noruega toda la fachada central de la regia casa, instalada en uno de los fiordos interiores de la bahía de Strömstad.

Entre las mujeres que bronceaban allí su piel abundaban los breves bikinis y al fijarse en ello Gunnar Bergman refunfuñó, dando un malhumorado resoplido:

—¡Uf! Me fastidia todo esto: parece una fiesta mundana, en vez de una reunión importante.

Sobrio, escuetamente, su fornido ayudante le recordó:

—«Debe» ser una fiesta mundana, profesor.

—Cierto, Edward. Todo el mundo ha de creer que es así. Pero todo ese ridículo escenario sobraba.

—Si me permite opinar, le diré que su nieta lo ha preparado todo bien. Invitando a sus amigas y a otras personas que nada tienen que ver con lo que vamos a tratar aquí, todo el mundo que no es nada más que eso, profesor...

Edward Sindrich hizo una pausa antes de añadir como fatigado tras haber soltado excesivas palabras:

—A nadie le extrañará que el profesor Gunnar Bergman dé una fiesta para celebrar su regreso a la Tierra.

—¡Bah! ¡Tonterías, Edward! He regresado centenares de veces y me he limitado a resignarme a respirar este aire viciado que un día terminará por asfixiarnos.

Seguían contemplando la terraza desde el piso superior y al poco la voz cansada del dueño de la casa indagó:

—¿Quién es aquél que parece un Hércules?

Edward Sindrich no contestó y la voz de su jefe tronó represiva:

—Si no quita usted los ojos del bikini que lleva mi nieta no podrá saber por quién le preguntó, amigo mío.

—¿Eh? ¿Cómo, profesor?

El índice largo y huesudo del dueño de la casa señaló hacia la piscina, en donde en aquel instante un hombre alto y ancho de hombros, de tórax velludo y piel tostada por el sol avanzaba hacia la palanca:

—El que se dispone a exhibirse saltando del trampolín.

—No... No le conozco, profesor.

—Será uno de los amigos de mi nieta. Bonnie, últimamente, parece coleccionar amistades... ¡masculinas!

—Sí, profesor: eso también lo he notado.

El anciano Gunnar Bergman no sonrió; no lo hacía jamás. Pero sus delgados labios iniciaron una mueca y preguntó:

—¿Celoso, Edward?

Su ayudante no contestó.

¿Acaso no le había recomendado su jefe ahorrar palabras?

CAPÍTULO III

Fue una comida tan excelente como variada y exótica:

Algas del Mar de las Tormentas de Mestre: fresas de Venus rociadas con vino italiano de la Riviera y, por supuesto, la carne del asado procedente de ternera australiana, pero sazonada con champiñones de los que empezaban a cultivarse en Júpiter tras los primeros años de adaptación y selección.

Uno de los invitados comentó, ganándose el aplauso general:

—Esto es un menú cósmico, amigos.

Estaba al otro extremo de la mesa y no pudo oír que el malhumorado dueño de la casa musitaba entre dientes, ganándose un discreto codazo de su nieta Bonnie.

—¡Imbécil! ¿Qué sabrás tú del Cosmos?

—¡Abuelo, por favor!

Gunnar Bergman estaba visiblemente molesto. Ya no podía aguantar más su impaciencia y dirigiéndose a los invitados que conocía terminó por levantarse, sugiriéndoles:

—¿Qué les parece si vamos a mi gabinete, mientras los jóvenes siguen divirtiéndose?

Se levantaron seis hombres y tal cosa extrañó al anciano profesor. Se suponía que debían levantarse sólo cinco, correspondientes a los representantes gubernativos de los cinco continentes. Asia, África, América, Europa y Australia con Oceanía.

Conocía bien los cinco delegados continentales y sus ojos sin pestañas se clavaron en el hombre alto que horas antes había contemplado desde su gabinete cuando se disponía a lanzarse a la piscina desde el trampolín. Era un hombre que no rebasaría los treinta años, alto, fornido y moreno con ojos vivaces de pupilas negras que le sonreían amistosamente.

Gunnar Bergman se dirigió a él, esforzándose por ser amable, indicándole:

—Usted no, mi joven amigo. ¡Con seguridad nosotros nos enzarzaremos en alguna aburrida discusión científica!

—Me encantan esos temas, profesor —contestó el hombre alto.

—Pero sin duda preferirá seguir disfrutando de esta agradable compañía. Mire cuántas lindas mujeres hay aquí y mi nieta Bonnie le...

Terco, obstinadamente, mostrándoles sus dientes fuertes y blancos al sonreír, el hombre alto y moreno atajó:

—Les aseguro que no les molestaré, profesor.

El profesor Gunnar Bergman jamás habría podido ocupar ningún puesto diplomático y con manifiesta aspereza manifestó:

—¡Quédese!

Entonces el hombre alto y moreno se acercó a él, insistiendo, mientras replicaba a la severa mirada del sabio noruego con la misma firmeza y serenidad al decirle:

—Se lo ruego, profesor; una vez en su gabinete comprenderá mi terquedad.

El elevador automático les llevó hacia la planta superior y ya en el pasillo los ocho hombres, fue el ayudante Edward Sindrich quien habló al intruso inquiriendo lacónicamente:

—¿Y bien, señor...?

—Brynner... Roy Brynner, señor Sindrich.

En su mano diestra mostraba ya una credencial que todos conocían; las rígidas facciones del huesudo y alto dueño de la finca se distendieron algo. No obstante, incisivamente, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

La respuesta del joven desconocido le desconcertó tanto como a los cinco delegados continentales al oírle decir:

—Protegerle, profesor.

—¿A mí, señor Brynner?

—A usted, señor: el Gobierno Central Galáxico lo considera oportuno, teniendo en cuenta lo que últimamente viene sucediendo.

¡El Gobierno Central Galáxico!

En realidad todos sabían de qué se trataba. No es que, al menos oficialmente, aquello representase una fuerza o un organismo superior al que los países debieran obedecer. Por el momento sólo se trataba de un ensayo de Gobierno Mundial, extendido a todo el Sistema Planetario y con aspiraciones y proyectos para desempeñar las mismas funciones en toda la Galaxia el día en que la incesante conquista del espacio pudiera permitirse el lujo de enviar naves tripuladas por hombres a las estrellas.

Algo así como cuando, un par de siglos atrás, la soñada unificación del Continente europeo se inició con la creación del Mercado Común. Entonces y

según la historia, durante cierto tiempo, cada nación europea siguió conservando su nacionalidad, pero sin negarse a dar los primeros pasos para, tras unir los intereses económicos de todo el Continente, ensayar la unidad política y geográfica que había logrado borrar al fin absurdas y pequeñas fronteras.

En el Gobierno Central Galáxico cada país tenía sus representantes y todos contribuían a sostener los cuantiosos gastos de algo que se intuía absolutamente necesario, dentro de algunos años. De momento, cada país y cada continente conservaban su propia forma de gobierno y su absoluta autonomía; pero, a la par, sometiéndose voluntariamente a las sabias indicaciones de aquél supraorganismo internacional que necesariamente debía efectuar sus ensayos antes de llegar a la madurez y la aceptación general.

Cierto que aquella aceptación general era aún con harta frecuencia discutida por tal o cual país, según le afectaran o no las decisiones del Gobierno Central Galáxico. Éste no disponía aún de ejército propio, aunque sí de organismos internacionales como la llamada Policía de Seguridad, a la que aquél hombre llamado Roy Brynner pertenecía.

El profesor Gunnar Bergman pasó la credencial a los delegados continentales y, cuando llegó nuevamente a las manos de su secretario particular, indicó al fornido Edward Sindrich:

—Verifique esta placa de identificación, Edward. La conexión es múltiple con Washington, Moscú, Tokio, El Cairo y Melbourne. ¡Le esperamos!

Fue cuestión de medio minuto: la placa de identificación del agente del Gobierno Central Galáxico fue introducida en una ranura de un gigantesco cerebro electrónico, que a su vez empezó a enviar y recibir mensajes con una celeridad y una precisión asombrosa. Varias luces parpadearon fugazmente antes de proporcionar, por otra ranura, la placa sometida a todas las pruebas con resultado satisfactorio.

Todos hombres superdotados, con un nivel cultural y científico elevadísimo como correspondía a sus altos cargos, comprendían perfectamente el sistema de seguridad empleado.

Sencillamente, el isótopo radiactivo de la placa de identidad correspondía al consignado al agente Roy Brynner, sin error posible.

Las máquinas inventadas por el hombre jamás defraudaban ni mentían. Sus inventores, humanos al fin, podían engañar, defraudar o sencillamente sufrir errores y equivocarse.

¡Las máquinas, no!

Pero el siempre malhumorado profesor Gunnar Bergman no se mostró más cordial al tener que admitirle entre sus íntimos, invitándole al señalar las puertas automáticas de su amplio gabinete:

—Pase usted también, señor Brynner. ¡Pudo ahorrarnos esta sorpresa!

—No lo creí conveniente, señor. Me dejé invitar por su nieta.

—¿Conoce a Bonnie?

La pregunta venía de los carnosos labios del recio secretario Edward Sindrich y el agente galáxico confirmó:

—Sí. Asistió a la llamada «Conferencia del Miedo» y en nuestros archivos quedaron consignados los cinco mil científicos que viajaron hasta el asteroide Astrea.

—Asistió en calidad de secretaria mía — aclaró absurdamente el dueño de la casa.

—Por supuesto, profesor.

Las puertas automáticas volvieron a cerrarse silenciosamente, tras entrar en el amplio gabinete los ocho hombres, y a continuación se conectaron los circuitos de televisión que enviaban al gabinete las imágenes de las demás habitaciones de la casa.

El huraño profesor se desconcertó algo, al ver a una pareja besándose junto al borde de la piscina, ordenó a su secretario:

—Desconecte usted eso, Edward. ¡Estamos aquí para fijar nuestra atención en cosas más importantes que esas escenitas!

La mano de Roy Brynner se alzó al rogar al secretario, cuando se disponía a cumplir la orden de su jefe:

—¡No lo haga, Edward! Ese hombre que besa la chica es uno de mis agentes.

El profesor Gunnar Bergman casi dio un brinco en su mullido asiento al exclamar:

—¿Cómo? ¿Me ha llenado usted la finca de policías?

—Así es, señor.

—¿Por qué?

—Se lo dije, profesor, nuestra misión es protegerle.

—¡Paparruchas! No creo correr ningún peligro.

Roy Brynner hizo una estudiada pausa para reclamar la atención general y al poco dijo, tranquilo y pausadamente:

—A la muerte «accidental» del profesor Osuko Omary y del biólogo alemán Reader... hay que añadir la de diez científicos más.

—¿Cómo?

La exclamación fue múltiple y alarmante, y el agente *secreto* del Gobierno Central Galáxico amplió:

—Así es, señores; cada uno en su país respectivo. ¡Y todos fueron con usted a esa reunión en Astrea, a millones de kilómetros de aquí!

¡A la «Conferencia del Miedo»!

Por primera vez uno de los cinco representantes continentales habló para decir algo que no era muy académico, pero sí muy expresivo:

—¡Diablos!

CAPÍTULO IV

La voz del anciano y cansado profesor Gunnar Bergman llegó a hacerse monótona para los siete hombres, que silenciosos escucharon su largo informe, no le interrumpieron ni una sola vez.

En verdad que los cinco delegados continentales pudieron comprobar que en el lejano asteroide Astrea se habían tratado temas de vital importancia. Tan importantes, como que de su solución dependía el futuro de la Humanidad.

Sólo cuando el dueño de la casa refrescó sus labios con un cordial que le ofreció su ayudante, Tokaydo Mimure, el delegado continental por Asia, quiso saber:

—Díganos, profesor: ¿Cuántos años durará la vida sobre la Tierra? Es decir, la vida del hombre.

El profesor noruego pareció recuperar sus bríos, empezando a exponer:

—Según unos cálculos muy espectaculares del colega ruso que expuso sus teorías en Astrea, es posible que la vida humana termine como terminó, nada menos, que la de los dinosauros.

—¿Cómo?

—Así es, señores. ¡Por falta de oxígeno!

Roy Brynner vio al delegado por África sonreír, manifestando con su voz gangosa:

—Permítame que haga un comentario que se me antoja paradójico. La raza humana siempre temió morir algún día exterminada por ella misma, por sus propias luchas milenarias o, en los últimos siglos, debido al desencadenamiento de una guerra atómica. Incluso temer se podía que seres totalmente ajenos a nosotros, extraterrestres, llegaran a invadirnos. Pero ahora resulta que moriremos como los dinosauros... ¿No les parece algo ridículo?

—No... —atajó prontamente el profesor Bergman —. Y les ruego que no pierdan nunca de vista que las conclusiones a que mis colegas llegaron están basadas científicamente.

—No he querido molestarle, profesor.

—No me ha molestado, señor Ulumga. Pero quiero que sepa que la teoría de mi colega ruso no es, ni mucho menos, descabellada. En la remota época en que la Tierra estaba habitada por esos animales gigantescos, el suelo aún estaba geológicamente formándose y existía muy poca vegetación en él. Mientras iban desapareciendo plantas regeneradoras de oxígeno, plantas consumidas en enormes cantidades por los dinosauros, insisto en que está

comprobado científicamente que crecía el volumen torácico de dichos animales que, de pronto, se extinguieron y no como comúnmente se cree por ningún cataclismo. Sencillamente murieron cuando el gas carbónico aumentó de tal modo en la atmósfera, que la respiración se les hizo imposible.

Reinó un prolongado silencio ante las fantásticas imágenes que sugerían las sabias palabras del profesor noruego, que añadió:

Y ahora tengan en cuenta este otro dato importantísimo, debido al acreditado profesor McEveet, de la Universidad de Pensilvania. No sólo aumenta cada vez más la talla humana, sino que también aumenta el volumen torácico de los niños, generación tras generación. Por supuesto y si bien lo observan, esto es más acertado en los niños que nacen en nuestras gigantescas ciudades, en donde el aire contiene menos oxígeno que en el campo o las zonas menos absurdamente superpobladas.

El delegado continental americano intentó atajar las explicaciones científicas del comunicante, indagando:

—Según usted, ¿morirá la Humanidad como los dinosauros, por falta de oxígeno?

—Hay muchísimas probabilidades de que sea así, señor Niegel. Nosotros no terminamos con las plantas productoras del equilibrio del oxígeno, esa es la verdad. Pero terminamos, y cada día con más voracidad industrial, con las zonas verdes, los inmensos bosques y con una creciente cantidad de oxígeno debido a nuestra gigantesca industrialización. Y sobre todo en su país, en su Continente.

—Sí; eso es cierto.

—Hay más: el aire está cada vez más contaminado. Cada día somos más millones de seres en la Tierra. Cada día creamos centenares de máquinas que, por decirlo de alguna manera «respiran a su modo» también quemando oxígeno.

Por primera vez intervino el delegado europeo al remachar:

—Poseo también reciente datos a mano y les digo que, si queremos que nuestra civilización tenga alguna posibilidad de salvación, no sólo han de evitar los respectivos gobiernos continentales las guerras atómicas, sino también esas terribles «guerras industriales» que llevan a una competencia feroz, construyendo cada día más y más fábricas y factorías, que llenan la atmósfera con humos nocivos.

Roy Brynner no se consideraba ningún científico, pero osó manifestar, en una de las pausas de la charla de aquellos hombres:

—Profesor Bergman... ¿Me permite una pregunta?

—Hágala.

—¿Debemos pensar que, de seguir las cosas así, de continuar al mismo ritmo de ahora la contaminación atmosférica, el hombre se agigantará, sus pulmones serán mayores, por más y más ávidos de un oxígeno siempre en menor cantidad?

—Sin duda alguna, señor Brynner.

Ansioso de quitar seriedad a un planteamiento que se estaba haciendo acongojante, el agente del Gobierno Central Galáxico exclamó con soltura: —Entonces... ¡es un simple problema de chimeneas, señores!

Todos sonrieron, menos el profesor Gunnar Bergman que atajó los jocosos comentarios, aceptando al replicar con energía:

—Cierto, señor Brynner. Es un problema de «chimeneas», como usted dice... Pero, ya que se muestra tan ingenioso, ¿Quiere indicarnos cómo lo resolvemos?

Roy Brynner captó la reprimenda en, aquellas palabras y se excusó:

—Mi deseo no era molestarle, profesor. Simplemente aspiraba a quitar tirantez a los problemas que aquí tratan.

—¡Hizo mal! Son problemas muy serios, de vital importancia, y por lo tanto han de tratarse con toda seriedad, con toda crudeza.

El delegado por el continente europeo intervino por segunda vez, acudiendo en ayuda del agente de seguridad del Gobierno Central Galáxico, al decir:

—Estoy de acuerdo con el señor Brynner: sé detalladamente, de todo lo que ustedes trataron en el asteroide Astrea en esa... esa conferencia llamada del «Miedo». Pero esto no quiere decir que debamos ponernos tétricos. Tengo para mí que, en todas las cosas, un poco de humor y alegría suaviza las cosas.

—¡Clarísimo error! —volvió a atajar al adusto profesor Bergman—. Ya que uno de los motivos que ha llevado a la Humanidad al borde de su suicidio colectivo ha sido la inconsciencia. ¡Precisamente el tratar las cosas vitales sin darles la seria importancia que tienen!

La mano bien cuidada del representante asiático se movió con lentitud, para rogar con suma suavidad:

—Caballeros: no debemos discutir entre nosotros. Creo que, en principio, todos estamos de acuerdo en la gravedad de todo lo que estamos tratando aquí.

—¡Sí! Todos estamos de acuerdo —volvió a gritar Gunnar Bergman—. Pero, ¿de qué vale eso? Desde hace muchos años los científicos venimos lanzando llamadas de alarma apremiantes. Pero ¡no se nos hace mucho caso!

No con menos acritud, el delegado por el continente americano objetó:

—¿Acusa de eso a los gobiernos continentales, profesor Bergman?

—¡De forma rotunda! No han tomado nunca las medidas tajantes que deben tomarse.

—¿Por ejemplo...? — invitó con su pregunta al señor Niegel.

—Está bien: puesto que lo piden y para que informen a sus respectivos gobiernos, voy a decirles las conclusiones a que llegamos los científicos que nos reunimos en Astrea.

El profesor Gunnar Bergman hizo un gesto Imperioso a su secretario Edward Sindrich, que al instante sacó una hoja de papel del portafolios que tenía junto a él. El dueño de la casa lo estuvo examinando fijamente con sus ojos sin pestañas, antes de volver a anunciar con su voz opaca, de tonos agrios y desagradables:

—Primero: dado que si se observa la realidad desde el ras del suelo biológico y demográfico, el mundo se aboca hacia la catástrofe, todos los gobiernos de la Tierra darán órdenes tajantes y concretas para un rigurosísimo control de la natalidad.

Hizo una pausa al observar que los cinco delegados continentales y aquél Roy Brynner le miraban fijamente con la censura en sus ojos, añadiendo con prontitud para que no le interrumpieran:

—Segundo: aplicación, también de forma tajante y rigurosa, de la eutanasia.

Al oír la palabra «eutanasia», Roy Brynner alzó la mano para reclamar la atención de los reunidos, empezando a decir:

—Perdonen mi ignorancia, pero yo soy un policía y no un científico. Sin embargo, por lo que dice el profesor Bergman entiendo que todos los gobiernos de la Tierra deben dar órdenes, tajantes y rigurosas según él indica, para que se dé muerte a todas las personas taradas que puedan constituir una carga para la sociedad. ¿No es así, profesor?

—¡Exactamente, señor Brynner! ¡Exactamente!

Y al no obtener una rápida respuesta, aprovechó la pausa para añadir el dueño de la casa:

—Vemos con satisfacción que, aunque reconoce que no es usted un científico, sabe que significa la eutanasia.

—Cierto, profesor. Precisamente por saberlo lo considero una barbaridad, impropia de personas civilizadas.

Aquello era demasiado para el profesor Gunnar Bergman. Se puso en pie, su cabeza canosa se agitó como la de un viejo león, protestando con energía:

—¿Nos está usted llamando bárbaros, señor Brynner?

—Por favor; le ruego que no emplee un plural que yo no he utilizado. Sólo usted ha empleado esa palabra.

—Resumiendo, señor policía... ¡El bárbaro soy yo y todos los científicos que hemos llegado a estas conclusiones! ¿No es así?

—No dije tanto, profesor.

Procurando calmar a su jefe, su secretario Edward Sindrich alzó su voz para intentar aclarar:

—Creó que el señor Brynner presume de entender la palabra eutanasia, pero la interpreta mal. Para su conocimiento le diré que la eutanasia es la muerte sin dolor, provocada voluntariamente con o sin propio consentimiento, con el fin de aliviarla de sufrimientos inútiles y evitar así una descendencia tarada, al mismo tiempo que se libera a la sociedad de un peso muerto.

—Le agradezco sus aclaraciones, señor Sindrich. Pero permítame que a mi vez le haga otras: como policía le recuerdo que, al menos hasta ahora, esas prácticas son consideradas delito.

—¿Y no es delito, y de la humanidad, seguir respirando un oxígeno que los seres sanos y bien constituidos tanto necesitan?

—No creo que la «racional» eliminación de esos seres que ustedes califican tan gratuitamente de «inútiles», aliviara mucho el problema que se plantea.

—¡Se equivoca nuevamente! —volvió a terciar el profesor Bergman—. ¡Ignora que, científicamente comprobado, en la actualidad hay más de un cuatro por ciento de personas taradas en uno u otro sentido!

—Resumiendo, profesor: de acuerdo con sus cifras y según sus teorías, sería preciso eliminar, «racionalmente» por supuesto, a más de cuatrocientos millones de seres humanos. ¿No es así?

—Las cifras no importan, ¡no deben importar ni asustamos!, cuando se impone el bienestar y la salvación de la mayoría.

Visiblemente irritado, el joven Roy Brynner insistió:

—Pero señores... ¿De veras creen que eso solucionaría el problema?

—Es sólo una pequeña parte del programa que, si lo permite y no interrumpe más, me dispongo a exponer ante ustedes.

Siempre con suavidad, afablemente, el representante asiático rogó:

—Siga, profesor Bergman, por favor...

Gunnar Bergman, volvió a encararse nuevamente con la hoja de papel que

tenía en las manos, prosiguiendo con su voz áspera:

—Tercero: todos los gobiernos se comprometerán, en el plazo del primer quinquenio, a centralizar las industrias nocivas para la contaminación de la atmósfera de la Tierra en Marte, Júpiter, Saturno, Urano y los demás planetas y estaciones espaciales susceptibles de capacidad industrial.

El profesor Bergman hizo una estudiada pausa antes de seguir, intentando aclarar a los reunidos:

—Por supuesto, una medida así conlleva el traslado de otros dos mil millones de personas a los lugares donde quedarán radicadas esas industrias.

—En una palabra, profesor —volvió a interrumpir Roy Brynner—. ¡Deportación en masa!

—¿También tiene usted algo que objetar a esto, señor Brynner?

—Particularmente sí, y como representante del futuro Gobierno Central Galáxico al que todas las naciones de la Tierra aspiran, creo interpretar la opinión de ese organismo internacional.

—Al respecto me va usted a permitir que le recuerde algo, señor policía. Al Gobierno Central Galáxico aún no se le ha concedido ningún poder ejecutivo. ¡Digamos que ustedes todavía están en embrión!

—Me consta que son los gobiernos continentales quienes deberán decidir, profesor. Pero no creo que aprueben las conclusiones de su reunión de científicos.

—¿Por qué no, si reflejan el bien general y la única posibilidad de salvación de la raza humana?

—¿Llama usted «salvación» a un crimen colectivo amparado en la palabra eutanasia? ¿Por ventura cree que es moral una deportación en masa, gigantesca, de seres que deberán trabajar para el bienestar de los demás en remotos planetas hostiles a su constitución física?

—¡Bah, señor Brynner! Todas sus objeciones son prejuicios. La Ciencia...

—La Ciencia y la tecnocracia no pueden constituirse en el guardián de los valores morales de la raza humana, profesor.

—¿Por qué no, señor policía? ¿Sabe lo que dijo el eminente antropólogo alemán Max von Thulin a todos los que estábamos reunidos en Astrea? Pues con pensamiento realmente clarividente nos dijo así: «Sé que definir una nueva ética no entra ni en el papel de la Ciencia ni en sus posibilidades. Pero al menos la Ciencia permite comprobar la falta de nuestros sistemas de valores. Por lo tanto, es preciso encontrar otros que se inspiren en la realidad biológica del hombre.»

El profesor Gunnar Bergman respiró profundamente antes de añadir:

—Y yo opino como él al decirles que ningún mito, ningún dogmatismo ni ninguna vieja creencia, resiste la evidencia de la Ciencia moderna.

—¿Llama usted mito a la religión y a los conceptos morales que hasta el presente nos han regido, profesor Bergman?

—¿Por qué no? Repito que son viejos prejuicios que nos impiden tomar resoluciones drásticas.

—En modo alguno, puedo dudar de su buena intención, de su humanismo concebido en función del aspecto puramente biológico del hombre, profesor. Ciertamente creo en las conclusiones de todos esos científicos y sé que el mundo se aboca a una catástrofe. Pero permítanme decirles esto: ¿Acaso existe un determinismo que nos asegure que todo seguirá con el mismo ritmo que hasta ahora?

—Si no se toman las medidas que proponemos, así será, señor Brynner.

—Aunque así sea, profesor. ¿No le parece que es ir muy lejos predicar que «las evidencias de la Ciencia moderna» nos han de llevar a una nueva escala de valores morales en la que, por ejemplo, sería lícito el riguroso control de la natalidad y la aplicación rigurosísima de la eutanasia?

Guardó una pausa para observar a todos los reunidos, antes de añadir:

—Ustedes dicen que hay que encontrar nuevos valores... Bien: ¿significa esto que debemos abandonar los que nos sirvieron para crear el mundo de hoy, la civilización actual? Eso con todo lo bueno y lo malo. ¿O les entiendo mal y esa nueva escala de valores que proponen ha de ser un enriquecimiento de los que ya tenemos y que no habría que olvidar? Perdonen, pero yo más bien entiendo que lo que desean es derribar los «viejos prejuicios», como dice usted, profesor. Supresión de valores viejos por románticamente inútiles y arcaicos y formulación de una nueva ética, sobre todo basada en la ciencia moderna», que por otra parte pronto dejará de ser moderna para dar paso a evidencias nuevas. ¿Pueden asegurar que la orgullosa Ciencia de hoy es la Ciencia de las Ciencias? Si se cree que una acción internacional puede llegar a resolver los agudos problemas que anuncian la catástrofe de la raza humana, ¿hay que buscar una nueva escala de valores morales, antes que intentar la solución, seguramente más fácil, por los caminos que moralmente hasta ahora se han venido aplicando?

—Creo que usted divaga, señor Brynner —objetó Gunnar Bergman.

—No, profesor, no divago. Esos valores morales que usted parece despreciar, son el resultado de siglos de civilización, de cultura, de arte, de sentimientos, de vida moral. Y además de esto, les digo que por más que hoy se haya acelerado el ritmo de la historia, en pocos días no podemos formular nueva leyes morales para que sean aceptadas por todos sin remordimientos de conciencia y serios escrúpulos. Y mucho menos, imponerlas por decreto de

las leyes que dictarán los gobiernos porque eso... eso profesor Bergman, tiene un nombre.

—¿Ah, sí, señor Brynner? ¿Qué nombre tiene?

—¡Tiranía!

CAPÍTULO V

La tensión entre el profesor Gunnar Bergman y el agente de seguridad del Gobierno Central Galáxico aumentó, sintiendo todos la sensación de que en el aire quedaba flotando la palabra que parecía acusadora.

Pero el primero en reaccionar fue el propio dueño de la casa, quien preguntó, con tono sarcástico:

—¿Tiranía dijo, señor Brynner?

—Así es, profesor, porque tiranía será que los gobiernos, en virtud de esas conclusiones científicas que usted propone, impongan por la fuerza esos puntos que a mí se me antojan inhumanos.

—Usted, y todos los que piensan tan románticamente, señor Brynner, afortunadamente no cuentan.

Al desprecio olímpico de estas palabras Roy Brynner replicó con firmeza.

—En este punto está completamente equivocado, profesor Bergman. En todos los países, en todas las naciones y en todos los continentes, cada día hay más jóvenes que saben reaccionar contra las «verdades oficiales» que desean imponernos.

—¿Ataca usted ahora a los gobiernos constituidos democráticamente?

—No hago tal cosa: censuro que se abuse de esa democracia. Soy partidario de un individualismo que no niega la sociedad, sino que la perfecciona al quererla formada por personas conscientes de serlo, y que no deben dejarse avasallar por un Estado acéfalo. Un Gobierno o un Estado acéfalo con potestad para dictar leyes como esa del control absoluto de la natalidad y la aplicación rigurosa de la eutanasia.

—Si nuestras conclusiones se aprueban, esas leyes se aplicarán. Usted parece perder de vista algo tan importante como la salvación futura de la raza humana.

—No lo crea, profesor. Lo tengo bien presente y sé que hay que tomar medidas para defendernos de nuestras propias creaciones. Es más: diré que no hay más remedio que hacerlo. Pero siempre a la medida del hombre más que de la sociedad.

—La verdad, no le entiendo. ¿Dijo a la medida del hombre, señor Brynner?

—Eso dije y se comprende fácilmente, si no se olvida que antes que los gobiernos y el Estado nos hicieran ciudadanos, Dios nos hizo hombres.

—¡Acabemos! Vuelve usted con los viejos perjuicios y mitos.

—Llámelo usted como quiera: pero para salvar a la sociedad del futuro no podemos permitir sacrificar ni a un solo miembro de la sociedad actual porque, de hacerlo así, profesor... Sería tanto como el caer en el despotismo ilustrado.

—Palabras, señor Brynner. ¡Simples palabras altisonantes nada más!

— ¡Exacto! —quiso remachar el ayudante del profesor—. Y lo que hacen falta son hechos. Medidas urgentes, por duras que nos parezcan.

—No niego que hay que purificar el aire y las aguas, que hay que construir ciudades habitables, donde la gente no se ahogue y todo esto en pro del hombre. Pero... ¿Quieren decirme si de veras creen que son cosas favorables al hombre el control de la natalidad, anulando la sagrada libertad de los hombres y las mujeres que se casan? ¿Es cosa favorable al hombre aplicar la eutanasia a padres enfermos, madres ancianas, hermanos débiles y a todos los tarados que ustedes dicen sirven de carga a la sociedad?

—Hemos llegado a un punto en que todas esas cosas no deben afectarnos.

—¿Por qué no lo miran desde otro ángulo? Es verdad que nuestra desbordada tecnología puede destruir el mundo y ya lo está destruyendo en buena parte. Pero... ¿acaso esa depurada tecnología no nos ofrece también una gran esperanza? Todo depende de cómo ejecutemos lo que yo llamaría un gran acto de libertad: o nos sometemos a nuestras propias creaciones, o los dominamos y las ponemos a nuestro servicio.

—¡Bonita disyuntiva plantea usted, Brynner!

—Es una disyuntiva en la cual los valores éticos no son algo ajeno, profesor.

Como representante del continente americano, el señor Niegel objetó:

—Estoy con usted, señor Brynner. Y creo que lo más grande que puede hacer el hombre, es aceptar ese reto.

—¿Qué reto? —intervino Ulumga, el representante africano.

—El señor Brynner lo ha dicho muy claro, amigo mío—. Intentó aclarar el norteamericano—. O nos sometemos a nuestras propias creaciones, o las dominamos y las ponemos a nuestro servicio.

—¿Se refieren a la Ciencia, a la industria, a nuestra tecnología?

—¡Exacto! —insistió más animado el agente de seguridad, representante del Gobierno Central Galáxico—. Si una Ciencia descabellada, una industrialización irracional y una tecnología desbordada nos ha llevado a estos problemas, ¿por qué no encauzarlas aplicándolas a resolver estos conflictos?

El gesto olímpico del profesor Bergman le obligó a insistir, con nuevos brios:

—Repito que no soy científico, pero creo que ello es posible. ¿O acaso no hemos creado atmósfera en Marte, en Júpiter y en otros planetas?

—En muy pequeña escala— le recordó Tokaydo Mimure, el delegado del continente asiático.

—Eso es —terció el europeo —. Apenas para que pequeñas colonias, reducidas comunidades, puedan vivir allí. ¡Y siempre metidos como en urnas de cristal o en galerías subterráneas!

—Lo que propone el señor Brynner es técnicamente imposible — sentenció el dueño de la casa —. ¡Un sueño más de los suyos!

—Toda teoría, antes de realizarse, es un sueño, profesor —protestó el aludido.

—Las hay irrealizables, señor Brynner. ¡Como esa!

Y luego, tras breve pausa golpeando la mesa, añadió:

—Caballeros, creo que pese a todas las objeciones debemos llegar a una conclusión.

Tras intercambiar una mirada de inteligencia con los otros delegados continentales, el representante norteamericano informó:

—Nuestros respectivos gobiernos ya la han tomado, profesor Bergman.

Apremiante, visiblemente tan nervioso como su propio ayudante Edward Sindrich, el sabio noruego forzó mirando al señor Niegel:

—¿Y bien...?

Calmosamente, sin afectarse por la prisa que el dueño de la mansión deseaba imprimirles, el norteamericano empezó:

—Bien... Considerando que los sabios, los especialistas y los científicos que se reunieron en Astrea son los cerebros más claros y más competentes, y en una previa reunión nuestros respectivos Gobiernos continentales acordaron aprobar sus resoluciones al pie de la letra, siempre y cuando las leyes que ustedes propongan tengan el visto bueno de los hombres más representativos de la Ciencia.

El representante continental norteamericano sacó un documento del bolsillo, empezando al poco a decir:

—Por ejemplo, deberán conseguir la firma del profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia: la del profesor Leonard McEveet, de la Universidad de Pensilvania: la del biólogo Rossenberg, de la Universidad de Princeton y la del bioquímico Francisco José Fuentes de la Universidad de

Brasilia, por lo que respecta al Continente Americano.

—¡Las obtendré! Precisamente el profesor McEveet está totalmente de acuerdo conmigo —manifestó con vivo entusiasmo el dueño de la casa.

Tuvo que mirar al delegado por el continente asiático, al verle sacar también otro documento para informar:

—Por nuestra parte, estaremos conformes con las firmas del antropólogo Yokame Amause: la del químico Yoshi Kitagawa: la del sabio profesor Kochi Ninamoto y la del astrónomo Osuko Omary.

Al oír el último nombre, visiblemente emocionado, el profesor Gunnar Bergman musitó, sin mirar a ninguno de los presentes y clavando sus ojos sin pestañas sobre la amplia mesa:

—Desgraciadamente, me han informado que el profesor Osuko Omary ha muerto accidentalmente cuando viajaba hacia Kioto en su «autódromo». Parece ser que la palanca de elevación no funcionó y, cuando trataba de despegar de la carretera el vehículo, chocó contra los árboles.

—Lo sé —dijo también cabizbajo el delegado asiático—. Pero nuestro Gobierno continental le consignó en el documento. Ahora trataremos de elegir a otro de nuestros representantes científicos.

—Sí me permiten, en Europa hemos elegido a éstos —intervino el delegado europeo—. Irving Ross, de la antigua Universidad de Oxford Marcel Montang, de la Sorbona de París: Max von Thuli, de la Universidad de Berlín; y Giovanni Parlucci, de la Academia de Ciencias de Roma.

Con su voz gangosa, el representante africano leyó los nombres de otros cuatro prestigiosos científicos mundialmente conocidos, añadiendo al terminar la lista que entregó al profesor Gunnar Bergman:

—Nuestro Gobierno continental también aceptará las resoluciones de estos veinte hombres. Cada país de África está dispuesto a contribuir con los cuantiosos gastos que le corresponda, con vistas a tomar las medidas que sean preciso tomar.

—Gracias, señor Ulumga — dijo el profesor Bergman.

Aceptó el mismo ofrecimiento de los demás representantes, exponiendo a continuación, visiblemente satisfecho por considerar que tenía todos los triunfos en las manos:

—Con respecto al capítulo de esos cuantiosos gastos, en la reunión de Astrea me permití formular ante mis colegas una idea que, si en cierto modo parece demagógica, muchos de los cinco mil científicos que estábamos allí parecieron aceptar tras algunas deliberaciones.

—Usted dirá, profesor —invitó el representante europeo.

—Teniendo en cuenta que el resolver estos graves problemas es algo que exigirá muchísimo dinero, aparte de muy buena voluntad internacional por parte de todas las autoridades, que deberán emplear mano dura, y dejando también aparte los problemas morales de la cuestión, que tanto parecen afectar a nuestro amigo, el señor Brynner, insisto que« propuse una idea que no es desdeñable.

Volvió a nueva pausa para dar más fuerza a su exposición, añadiendo al poco:

—Se trata de expropiar la fortuna de diez millones de grandes potentados de todo el mundo, obligándoles así a contribuir con sus inmensas fortunas, acumuladas precisamente con la industria, a lo que nosotros consideramos la salvación de la Humanidad.

Las manos huesudas del profesor Gunnar Bergman quedaron alzadas, antes de añadir, tras breve transición:

—Por supuesto, a todos esos multimillonarios se les dejarían los medios suficientes para una vida más que holgada, cumpliendo así una doble función.

A saber: la de hacerles el «favor» de que con sus riquezas contribuyan al bienestar de todos, a la par que impedir que, como en muchas ocasiones ocurre ahora, con sus inmensas riquezas, poder e influencias, sean los que en buena parte rigen los destinos de millones y millones de seres...

El delegado por el continente americano pareció mover la cabeza algo dubitativamente, objetando con media sonrisa en sus labios:

—Opino que eso es algo muy fuerte, profesor Bergman.

—Sé que en su Continente es donde más multimillonarios hay, señor Niegel. Pero repito que es hasta ahora sólo una idea que...

—Una justa y genial idea, profesor — aprobó con calor su secretario, Edward Sindrich.

—Gracias, querido Edward. Pero en todo caso, son los gobiernos continentales los que deberán aprobarla.

Roy Brynner había optado por guardar silencio después de su largo alegato, pero tuvo que abandonarlo al oír que el dueño de la casa le preguntaba directamente:

—¿No tiene nada que oponer a esto, señor Brynner?

—Particularmente no, profesor. Por fortuna, no soy multimillonario.

—¿Ha dicho por «fortuna», señor Brynner?

—Sí, profesor: ha oído usted bien.

—En tal caso si a ustedes les parece podemos volver a reunimos con los

otros invitados.

Todos se levantaron dando por terminada la importante reunión, aunque objetando el representante europeo:

—Sólo una cosa más, profesor Bergman. Mi Gobierno propuso al de los otros continentes que sus propuestas fueran presentadas antes de terminar la exploración del planeta Plutón. Nuestros programas espaciales están trabajando a ritmo acelerado y desearían conocer antes los esfuerzos a que se verían sometidos, para realizar esa posible operación de transportar dos mil millones de técnicos, especialistas y obreros, a los planetas del Sistema en donde deberán radicarse las industrias nocivas para la atmósfera de la Tierra.

—Les aseguro que pronto conseguiré llegar a un acuerdo con todos los científicos que ustedes han nombrado. En realidad, las discusiones preliminares ya tuvieron lugar en Astrea y los puntos más importantes se abordaron con toda valentía allí. Sólo nos falta perfilar algunos detalles secundarios, en los que creo que también estaremos todos conformes.

La puerta del gabinete quedó automática y silenciosamente abierta y los ocho hombres volvieron a descender en el elevador. La tarde caía y los otros invitados permanecían por la planta baja, bien bailando, charlando en corros formados al azar o entretenidos cada uno a su gusto.

La regia mansión del profesor Gunnar Bergman disponía de todos los adelantos modernos y, de quererlo así, cualquiera podía entretenerse viendo los programas de televisión del rincón más apartado del mundo, y hasta sostener una conversación televisiva con los amigos o los familiares que estuvieran destinados en las colonias de los otros planetas.

Simplemente tenían que apretar un botón.

Sí: la Ciencia y la tecnología más depurada estaba al servicio del hombre.

Aunque también le estaba matando. Cada día, cada hora, cada minuto o simplemente cada segundo, esa misma técnica les avisaba.

La contaminación proseguía. Y empezaba a alcanzar grados insoportables.

CAPÍTULO VI

Bonnie Gillman vio a su abuelo avanzar con aquellos seis extraños invitados y volvió al hombre que estaba bailando con ella para salir a su encuentro. Miró a los cinco representantes continentales, pero sus grandes ojos azules quedaron fijos en el hombre alto y moreno que, sólo unas horas atrás, había estado haciendo una auténtica exhibición de saltos en la piscina.

—¿Ya terminaron con sus aburridas conversaciones? — amonestó con aire entre enfadado y divertido.

—Te aseguro que han sido muy divertidas —dijo el anciano.

La música estereofónica llegaba hasta ellos filtrándose suavemente entre las paredes del salón, y Roy Brynner se dijo que aquella era su oportunidad. Hacía un siglo que no bailaba con una mujer tan hermosa como aquella diosa rubia y con el gesto, empezando a enlazar la breve cintura solicitó:

—¿Bailamos, señorita?

—Por mí, encantada, señor...

—Brynner... Roy Brynner.

Una voz opaca sonó tras su nuca, anunciando a la muchacha:

—Es policía, Bonnie.

Roy Brynner reconoció la voz de Edward Sindrich, el secretario particular del dueño de la casa. Lo había anunciado como si aquello fuera un delito o una advertencia para la muchacha y por eso dijo:

—¿Le molesta, señorita?

Bonnie Gillman quedó algo desconcertada, con la boca ligeramente abierta mostrando sus dientes blancos y perfectos, pero acertó a decir:

—¿Eh? ¡Oh, no, señor Brynner! En esta casa siempre son bien acogidos los representantes de la ley y el orden.

Roy Brynner inició nuevamente el gesto para enlazar por la cintura a la mujer, cuando aquella vez fue la voz del profesor Bergman quien dijo:

—Supongo que está aquí por mi persona, señor Brynner: no por la de mi nieta.

Serio y grave, abandonando ya toda tentativa de sentir junto al suyo el cuerpo de aquella mujer, el aludido aceptó resignado:

—Así es, profesor.

—En tal caso, sígame: deseo seguir cambiando impresiones con usted.

El dueño de la casa hizo una ligera inclinación de cabeza ante los otros hombres y, seguido de su secretaria particular y del representante del Gobierno Central Galáxico, desapareció en otra habitación.

Atrás quedó algo desairada y molesta Bonnie Gillman que indagó, dirigiéndose a los cinco delegados continentales:

—¿Quién es?

—¿Se refiere al señor Brynner, señorita?

—Sí.

—No sé... — se excusó el delegado europeo —.

Creo... creo que tiene algún cargo en el Gobierno Central Galáxico.

* * *

En la nueva habitación, sin llegar a sentarse Gunnar Bergman preguntó directamente al hombre alto y moreno:

—Concretamente, señor Brynner. ¿Por qué está aquí?

—Se lo dije, profesor: velando por su seguridad.

—¿Creen que estoy bajo alguna amenaza?

—Es de suponer que sea así, profesor Bergman. De los cinco mil científicos que estuvieron reunidos en el asteroide Astrea, que hasta ahora se sepa, ya han sido «asesinados» doce.

—¿Por qué dice que «hasta ahora se sepa» y afirman que han sido asesinados?

—Me hace dos preguntas, profesor: a la primera contestaré diciéndole que hasta ahora no tenemos una información completa de todos los que asistieron a la referida reunión. A la segunda es más fácil contestar: no es posible tanta «casualidad», ya que esos doce científicos han muerto «accidentalmente».

—«Lo cual no confirma que hayan sido asesinados».

—Yo diría más bien, «eliminados», profesor.

—¿Por qué eliminados?

—Después de llegar a sus conclusiones, era de suponer otra importante reunión de científicos para llegar a un completo y último acuerdo sobre las medidas que deben tomarse. Bien, en los organismos del Gobierno Central Galáxico, tenemos motivos para sospechar que, con tantos intereses en juego,

hay muchos interesados en que tal reunión no tenga lugar...

Se acompañó con el elocuente gesto de sus manos, antes de añadir:

—...O al menos, en que falten a ella prestigiosos científicos cuyas opiniones y conclusiones pudieran resultar decisivas.

—Concretemos, señor Brynner —apremió el dueño de la casa, siempre fiel a no perder mucho tiempo—. ¿Quiénes creen que se están dedicando a asesinar a esos colegas míos?

—Siento no poderle dar una respuesta concreta, tal como usted me pide, profesor. Tenga en cuenta lo que le dije antes: hay muchos intereses en juego.

—¿Por ejemplo...?

—¡Qué sé yo, señor! Los magnates de la industria, los grandes truses comerciales, esos multimillonarios a los que usted, según su idea, piensa expropiar gran parte de sus fortunas para la realización de sus proyectos. Luego están los sectores que creen que las medidas propuestas son descabelladas...

—¿Los que opinan como usted, señor Brynner?

—intervino el secretario Edward Sindrich.

Volviéndose con rapidez hacia su ayudante, el profesor Gunnar Bergman le fulminó con su mirada, ordenándole secamente:

—Cállese, Edward.

—Sí, profesor.

—No... Déjele —terció Roy Brynner—. Tiene derecho a suponer que todos los que piensan como yo se opondrán a esos proyectos. Pero no creo que tales sectores de opinión recurrieran al brutal asesinato.

—¿Por qué no? —insistió Edward Sindrich, animado—. No hay nada más que repasar la Historia. Siempre en pugna los futuristas y los retrógrados. ¡Ya sabe lo que le pasó a Galileo! O lo que hacían en la Edad Media con los que, adelantándose al presente que aquella buena gente disfrutaba, proponían alguna idea audaz y original. ¡Los quemaban acusándoles de brujos!

—Creo que la comparación es excesiva, señor Sindrich —volvió a decir Roy Brynner.

—Dígame si también cree otra cosa, señor Brynner. ¿Me asesinarán a mí?

—Eso es lo que hay que evitar, profesor. ¡Y para eso estoy aquí!

—En una palabra, ustedes creen que alguna organización secreta desea desbaratar otra posible reunión, a escala planetaria, de científicos. ¿No es así?

—Los hechos lo demuestran. O al menos, están consiguiendo llenar sus

esferas de miedo y desconcierto.

—Sí... Eso es cierto, señor Brynner. ¡Desgraciadamente cierto! Muchos científicos, al observar lo que les está pasando a sus colegas, no querrán volver a reunirse o rehuirán opinar sobre esas importantes cuestiones.

—Con la aceptación de los gobiernos continentales, ahora esa amenaza queda muy reducida, profesor — opinó Edward Sindrich.

Luego se volvió al agente de seguridad del Gobierno Central Galáxico, preguntándole directamente.

—¿Sabe si están también protegidos esos veinte eminentes sabios?

—Lo ignoro, señor Sindrich. Los gobiernos continentales deberían haber informado de esas listas al Gobierno Central Galáxico, para que esos veinte científicos estuvieran también debidamente protegidos.

—Supongo que, si su organismo decidió protegerme a mí, también pensarán en ellos —opinó el profesor Gunnar Bergman.

—Su caso es distinto, profesor.

—¿Por qué es distinto, señor Brynner?

—Usted es una cabeza visible. Nadie ignora sus ideas, sus teorías, los proyectos que propugna, desde hace tiempo, para que se lleven a término. Por eso mis jefes no dudaron en enviarnos para...

—¿Ha dicho «enviarnos», señor Brynner? ¿En plural?

—Sí, profesor: ya le dije que entre sus invitados tengo a varios de mis hombres.

—Doy por sentado que no harán nada que pueda alarmar a nuestros otros invitados, ¿verdad?

—No tema: todos son agentes especiales. ¡Saben hacer las cosas!

Un ligero zumbido llamó la atención del profesor Gunnar Bergman y de su recio ayudante Edward Sindrich. Creyeron localizar el leve ruido en la persona del otro hombre que estaba ante ellos y centraron en Roy Brynner la atención. Le vieron levantar la mano donde se suponía debía llevar su reloj. Mirar a la esfera y tras un leve roce de su índice preguntar, directamente a la diminuta pantalla de televisión donde aparecía el rostro de un hombre:

—¿Sí? Aquí Roy Brynner. ¿Qué pasa, coronel?

Una voz como un susurro, pero perfectamente clara, anunció:

—Redoblen su vigilancia: el profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia, acaba de sufrir otro «accidente» en Chicago.

—Bien, coronel. ¡Corto!

Luego Roy Brynner se volvió a los dos hombres que tenía ante él, su reloj volvió a adquirir la apariencia normal y lentamente les dijo:

—Supongo que ya han oído. Acaban de informarme desde Washington que el profesor Feinberg ha muerto.

Extrañamente, el profesor Gunnar Bergman no se interesó por la grave noticia y sólo preguntó, señalando con su huesudo índice a la muñeca del hombre que les hablaba:

—¿Ya... ya están en funcionamiento esos... esos «chismes»?

—A escala industrial, todavía no, profesor. Pero Brian Halpin ha conseguido hacer funcionar los primeros modelos.

Nueva expresión de perplejidad en el científico noruego al musitar:

—Me extraña que el ingeniero electrónico Brian Halpin no me haya comunicado nada sobre su maravilloso invento. En cierta ocasión dijo que me tendría al corriente y...

Pareció salir de sus pensamientos y, esta vez con gesto preocupado indagó:

—De forma que... ¿el pobre Feinberg ha muerto también, señor Brynner?

—Sí, profesor Bergman.

—Es una pena... ¡Una gran pérdida! Feinberg era un cerebro privilegiado.

Gunnar Bergman se dejó caer en uno de los sillones y durante un par de minutos nada dijo, manteniendo sus vivaces ojos sin pestañas cerrados, como recordando al científico eminente que también había desaparecido. Su secretario Edward Sindrich permanecía fielmente a su lado y se inclinó para tocarle una mano.

—Profesor, yo...

—Por favor, Edward... Ahora le ruego que se calle. Necesito pensar.

Prudentemente, respetando su dolor, Roy Brynner propuso:

—Si le molesta mi presencia, yo...

Al oírle, el anciano pareció salir de su momentáneo abatimiento y con viveza se levantó, protestando:

—¡No, señor Brynner, no! No Se vaya, por favor.

El agente de seguridad representante del Gobierno Central Galáxico se acercó y quedó extrañado al sentir que el dueño de la casa tomaba sus manos entre las suyas, suplicándole casi infantilmente, como un niño desvalido:

—¡No debe dejarme ni un instante solo, amigo Brynner! ¡Recuerde que debe velar por mi seguridad! ¿O quiere que también me asesinen?

—¡Nada de eso, profesor!

—Pues desde ahora se convertirá usted en mi sombra. ¡No se separará usted ni un solo instante de mí!

—Estoy aquí para eso, señor.

—Bien... bien... bien. Debe tomar todas las medidas que considere necesarias. ¡Tiene usted carta blanca en mi casa, señor Brynner! No quiero que esa partida de asesinos retrógrados puedan... ¡No debe consentirlo, señor Brynner!

Tanto Roy Brynner como Edward Sindrich se dieron cuenta que el anciano estaba sufriendo un ataque de miedo histérico. El terror se reflejaba en sus ojos sin pestañas que parecían examinar cada ángulo de la habitación, cada mueble, cada objeto que podía convertirse en mortífero. Sus huesudas manos temblaban y su boca medio abierta, aún con toda la dentadura perfecta, dejaba caer por la comisura de sus labios un hilillo de saliva que al agente de seguridad le molestó sentir caer en sus recias manos.

Pero venció la repulsión y aconsejó amistosamente:

—Cálmese, profesor: nada le pasará. ¿Por qué no se retira a descansar?

—Sí... Descansar... Dormir... Creo... creo que es lo mejor. ¡Tengo sueño! ¡Mucho sueño!

Edward Sindrich se acercó, pidiendo:

—Permítame, señor Brynner, ya le llevaré yo a sus habitaciones.

—Prefiero que anuncie a los invitados y a su nieta que el profesor se retira. Ya lo llevaré yo.

—No conoce la casa y...

—La conozco, señor Sindrich.

—¿Cómo? ¿No llegó con los otros invitados?

—En efecto: pero siempre realizo mi trabajo a conciencia, para saber en qué terreno me muevo.

—De acuerdo, pues, si ya sabe dónde quedan sus habitaciones, súbale. Yo hablaré con Bonnie y sus invitados.

CAPÍTULO VII

La ola de «accidentes» que aquí y allá, en las más diversas y distantes partes del mundo, empezaron a sufrir los científicos más renombrados de la Tierra, tuvo serias repercusiones. Los distintos gobiernos se vieron seriamente acusados por los medios informativos y la opinión pública.

Se decía que los gobernantes, aferrados a sus puestos de privilegio como rectores de la Humanidad durante su mandato, deseaban silenciar como fuera las conclusiones a que habían llegado los hombres más responsables de la Ciencia.

Las medidas que debían tomarse en vista a la creciente contaminación del viejo planeta eran tan alarmantes, tan drásticas y tan costosas, que las autoridades se resistían a imponer unos remedios que trastornarían de pies a cabeza a la civilización industrial, que amenazaba con ahogar a sus beneficiados.

Por otra parte, las organizaciones particulares empezaron a florecer como setas en los bosques tras los días de lluvia. Unas estaban a favor de las conclusiones científicas y abogaban para que se aplicase el riguroso control de la natalidad, la fría eutanasia y la forzada deportación de los dos mil millones de obreros y técnicos especialistas que se precisarían en los planetas a colonizar, para trasladar a ellos las factorías, las fábricas y los complejos nocivos a la contaminación del aire y las aguas. Otras de estas organizaciones, fieles a los principios morales que hasta entonces habían estado rigiendo a la humanidad, se aferraban a los viejos conceptos y rechazaban tales medidas que denigraban al hombre, condenando su alma.

En el punto medio, otras organizaciones aceptaban el riguroso control de la natalidad con serios castigos para los matrimonios que no lo cumplieran, pero negando el derecho a las autoridades gubernativas para que fuese aplicada la ley de la eutanasia.

Sencillamente les parecía monstruoso sacrificar como a reses a todos los seres tarados con alguna enfermedad o deficiencia física. La discusión de estos puntos resultaba realmente tan desagradable como compleja y enmarañada, pues... ¿Qué autoridad sanitaria se convertiría en verdugo de millones y millones de seres humanos? ¿A qué departamento le tocaría elegir a los que debían sacrificarse? ¿Tales medidas, hasta dónde alcanzarían? ¿La eutanasia a quién se aplicaría? ¿Sólo a los enfermos y tarados, o también a los viejos, a los niños raquíticos, a los que posiblemente podían tener curación?

¡Un auténtico lío!

Las derivaciones a este respecto eran múltiples y las había para todos los

gustos. Organización había que vociferaba que la aplicación de la fría eutanasia conservaría, no sólo un crimen colectivo del cual jamás podría verse libre la historia del hombre, sino también mil y un abusos al determinar quiénes debían ser las víctimas. El odio particular, los intereses, la codicia, la trampa, el fraude y el engaño podrían de una forma bárbara.

Un enfermo quizá con posibilidades de total curación, sería sentenciado inhumanamente. Un tarado, un defectuoso físico cuya descendencia posiblemente fuera perfecta, se convertiría igualmente en víctima. Un enfermo del hígado podía tener un cerebro privilegiado, bien capaz de grandes y esplendorosas realizaciones.

En este orden, la escala era interminable.

Por lo que respecta al riguroso control de la natalidad, ¿no conllevaría a que la Tierra se convirtiera en el habitando de seres viejos y caducos, por más ciencia que llevasen almacenada en sus mentes? ¿No era reprimir, anular la facultad creativa más superior de los seres humanos?

¿Qué se hacía con el mandato divino de «creced y multiplicaos»?

La ley de deportación en masa era tema de discusión también, aunque menos candente. No obstante, presumible era que ninguno o muy pocos de los técnicos y obreros especializados que se precisaban quisiera ser trasladado. Aquí también entraba el terreno de la caprichosa discriminación, que se prestaba al fraude, al engaño, a las recomendaciones y a toda clase de abusos.

Sí: los cinco gobiernos continentales estaban pasando por una aguda crisis.

Se les tiroteaba desde todos los puntos y los ángulos y sus representantes no podían hacer otra cosa que defenderse como podían. Los órganos informativos no hacían nada más que agitar a los pueblos, pero no daban soluciones.

No obstante, la antigua frase shakesperiana de «Ser o no Ser» se imponía.

¿Qué se hacía? Se dejaba que todo siguiera igual, conscientes todos de que, tal como ya corría la versión, el género humano se extinguiera como se extinguieron los dinosauros

Muchas madres, aterradas, medían cada día el perímetro torácico de sus pequeños para comprobar si era cierto que sus pulmones se ensanchaban ansiosos de respirar un oxígeno cada vez más escaso. En algunos pueblos remotos se llegaba hasta apedrear a los hombres de tórax generoso y espaldas anchas, haciéndoles responsables de consumir más cantidad de aire del que lógicamente les pertenecía.

Aquí, también la escala de anécdotas resultaba interminable.

Una de las organizaciones que más pujante y poderosa floreció fue la de

los multimillonarios para defender sus «sagrados intereses». Periódicos, revistas, semanarios, audiciones por radio y televisión, se sucedían subiendo al púlpito tal o cual favorecido por la fortuna, esforzándose por explicar su autobiografía. Por supuesto, los poderosos magnates, antes de acumular sus muchos millones, habían sido simples obreros o técnicos, que con el esfuerzo de su trabajo o su capacidad creativa habían sabido crear un imperio que ahora, en virtud de unas leyes caprichosas, se les intentaba mermar.

¡A tal cosa no había derecho!

Eso era quitar el mayor incentivo a los hombres. Era podar su afán de superación. Nadie en el futuro se esforzaría por crear y acumular cosas que, seguramente, en nuevo ciclo, algún día se las quitarían.

Otros de estos multimillonarios, más magnánimos o astutos, ofrecieron soluciones intermedias con respecto a la expropiación de sus fortunas. ¿Que la Humanidad necesitaba realizar grandes gastos para llevar a término el programa que exponían los científicos? Bien: ellos estaban dispuestos a ceder la mitad de su capital, pero con un interés pagadero más adelante, cuando superada la crisis, esa misma Humanidad hubiera creado más fuentes de riqueza en los otros planetas del Sistema.

Una cosa así se les antojaba más justa.

¡Y más provechosa, claro está!

Además de todo esto, en la liza entraron también los colonos que ya vivían, algunos desde generaciones atrás, en los otros planetas.

Sencillamente, se negaban a aceptar una invasión de dos mil millones de seres cansados y caducos, semejantes a los audaces pioneros del Oeste americano que llegarían allí, sino en viejas carretas tiradas por caballos, muías y bueyes, en modernísimas astronaves.

Y todos dispuestos a empujar, a conquistar un sitio para el óptimo desarrollo de sus egoísmos y sus podridas vidas.

¡Tampoco era justo eso!

—¿No habían estado presumiendo siempre los nacidos en la vieja Tierra? ¡Pues que se quedaran en ella! ¡Que siguieran allí, cociéndose en su propio caldo!

Era cierto que los habitantes de la Tierra empezaron a cocerse, a triturarse y a destrozarse en el planeta. En muchos puntos industriales, los propios obreros atacaron a las fábricas con palos, uñas y dientes, convertidos en hordas alocadas ansiosos de destruir lo que para ellos representaba el enemigo mayor: los humos de las fábricas, las factorías y los complejos industriales, que con sus detritus y humos contaminaban la atmósfera.

Concretamente no se sabía quiénes eran los responsables, pero aquí y allá

estallaron los conflictos, los incendios y los gigantescos sabotajes. En Siria fueron volados millares de kilómetros de oleoductos, para suprimir el petróleo que, consumido por los transportes, los vehículos y los complejos petroquímicos, no harían más que aumentar la contaminación.

En la docta Alemania, de la noche a la mañana y sin solución de continuidad, desaparecían industrias químicas que habían sido el orgullo de la nación. Se intentaba terminar de una vez con los nocivos residuos que, año tras año cada vez en aumento, habían ido a parar a los ríos. En Rusia, durante más de una semana el río Volga se convirtió en un interminable mar donde flotaban los restos de lo que habían sido industrias pesadas de enorme rendimiento.

Parecía que la locura colectiva había desatado en la Tierra. Cada organización obraba y hacía obrar a sus simpatizantes, de acuerdo con sus convicciones. Era preciso tomar serias medidas y las autoridades locales las tomaron.

También, claro está, según fuera quien las regía.

En este capítulo también se cometieron muchos abusos y barbarismos, que sirvieron para echar más leña a la gigantesca hoguera. Tan gigantesca, que un humorista escribió en su revista:

«No nos preocupemos porque, a este paso, tendremos oxígeno suficiente para todos. Cada día mueren por estos motivos más de medio millón de seres que dejan de respirar». ¡Alegrémonos, hermanos «civilizados»! «¡La solución se acerca!»

Ya se sabe: viejo como el tiempo es aquello de que «a río revuelto...»

Y la tierra, los ríos y el mismo mar estaban tan revueltos, que los aprovechados hicieron su «agosto». La criminalidad aumentó amparándose en todos estos conflictos, o quizá, como intentó explicar un sociólogo que más tarde terminó por suicidarse, empujada por la misma desesperación; por la creencia de que, como se iba a terminar el mundo, preciso era poner en práctica sus métodos antes de que fuera tarde.

Por criminalidad se entiende todo lo que significa, olvido absoluto de la moral, dejando sueltos los instintos, esa fiera que muchos aseguran que todos llevamos dentro.

Al respecto, un antiguo poeta inglés lo había dicho con frase lapidaria. «La mujer es extremosa: por eso siempre es o mucho mejor... o mucho peor que el hombre. No conoce los términos medios y posiblemente por eso todas las pasiones tienen nombre femenino. La codicia, la maldad, la ambición, la lujuria, la avaricia, la ira, la cólera, la lascivia, la mentira, la... envidia».

¡Interminable, señor!

El desenfreno de muchas mujeres trajo también serias y graves consecuencias, y no sólo precisamente en el orden familiar, local o particular, con toda la variada gama de conflictos. , Transcendió a las altas esferas y puede decirse que fueron quienes más gritaron, quienes más protestaron, quienes más opinaron, quienes hicieron y, también quienes menos soluciones aportaron.

¡El caos!

El caos que no pudieron evitar las autoridades ni el sentido común... por ser el menos común de los sentidos. Todo aquello era ilógico, carente de toda normalidad y sentido.

Y, así las cosas, ocurrió la Gran Catástrofe que lo envolvió todo.

CAPÍTULO VIII

Nuevamente reunidos los cinco representantes gubernamentales de los continentes, para terminar con aquella alarmante matanza de científicos, decidieron enviarlos en buen número a los modernos laboratorios de Marte, al menos hasta que se calmaran los ánimos y fuera superada aquella histérica colectiva.

Se suponía, y en esto estaban de acuerdo muchas autoridades, que sociedades secretas de criminales, movidas y alimentadas por tantos intereses como entraban en juego, se habían propuesto terminar con los hombres notables que, bajo el peso de sus conocimientos, podían o no determinar a que mundialmente se tomaran o no aquellas drásticas medidas.

Equivocadamente consideraron que una expedición de los más eminentes científicos al mundo exterior, pondría fin a la ola de escandalosos «accidentes» que, más o menos solapadamente venían sufriendo. Por el momento la humanidad no podía prescindir de aquellos cerebros privilegiados, que podrían seguir investigando en las modernas instalaciones marcianas con una seguridad mayor.

Por supuesto, este traslado masivo crearía nuevos conflictos, sobre todo en dos fundamentales sentidos: el directivo y el particular, al verse ciertas industrias, ciertos centros de enseñanza y ciertos laboratorios afectados, y el particular al «obligarles», con vistas a su propia seguridad, al traslado al nuevo planeta en el que tendrían que adaptarse y vivir, con o sin sus familiares.

En este punto se les dio a elegir.

La listas fueron confeccionadas en orden a la capacidad y celebridad mundial de cada uno en las múltiples ramas de la Ciencia, siendo esta ciudad a selección nuevo motivo de debates, discusiones y hasta discordias. Era natural, pero por otra parte resultaba chocante ver cómo algún sabio eminente que había acumulado durante su brillante carrera premios y menciones honoríficas, negaba su validez e insistían en que él era un pobre diablo que apenas sabía que nada sabía. Aducía que tal o cual compañero estaba mucho más capacitado y que, por lo tanto, a él le tenían que olvidar.

Ignorarle y dejarle tranquilo.

Concretamente a Sabilus Petrovich, creador de un nuevo concepto de la Cosmogonía y galardonado por todas las academias de ciencias del mundo, fue preciso ir a buscarle a una aldehuela del límite oriental de la península rusa del Kamchatka.

Sabilus Petrovich tuvo que resignarse y fue concentrado con sus otros

compañeros en la antípoda del punto donde le habían localizado: en la Tierra de Fuego, límite meridional del Continente americano, allí donde terminaban Chile y la Argentina, donde estaba situado el cosmódromo desde el cual tendrían que partir hacia Marte.

Al respecto y haciendo referencia a esta búsqueda afanosa de eminentes científicos, un periodista quiso hacer una frase graciosa y lo llamó «La caza de los brujos».

Bien estaba que al hombre común de la calle aún le quedase capacidad para hacer chistes y sonreír.

Ya se ha dicho: mientras el ser humano ría, es prueba evidente de que aún le queda un átomo de alma pura.

Pero el alma de todos los seres vibró entre el asombro, el terror y la perplejidad, cuando la noticia se propagó a los cuatro vientos y hasta en Marte se enteraron de que ya no tendrían que recibir a todos aquellos hombres, luminarias esperanzadoras de la doliente Humanidad.

El edificio donde estaban concentrados para esperar a los compañeros que estaban siendo «cazados» explotó en mil pedazos, desintegrando aquel bárbaro y sorprendente sabotaje todo lo que había alrededor en muchas millas a la redonda.

Posteriores investigaciones intentaron aclarar las cosas: la explosión se debió al estallido de un sin número de bombas atómicas de relojería, que habían entrado en fusión sincronizadamente, desintegrándose en cadena.

Lo que importaba era el balance aterrador. La muerte de todos aquellos hombres. La de muchos de sus familiares. Y, en último término, el hecho concreto de que poderosas fuerzas ocultas estaban actuando y llevando las cosas hasta el límite extremo.

El profesor Gunnar Bergman quedó como anonadado y cruzando sus huesudas manos sólo acertó a musitar, abrumados los hombros y la sabia cabeza hincada en el pecho:

—Hoy el mundo entero estará de luto...

Contemplándole, el agente de seguridad representante del Gobierno Central Galáxico, Roy Brynner, sintió pena. Aquel hombre ya anciano debía sentirse profundamente afectado. Él había sido uno de los promotores de la expedición de sus queridos colegas, y en aquellos instantes debía considerarse, en cierta forma, responsable de la Gran Catástrofe.

Su nieta Bonnie Gillman no fue capaz de hacerle tomar ningún alimento y él mismo fracasó, cuando intentó consolarle, razonándole que él había organizado la expedición precisamente buscando una mayor seguridad para sus amigos en la Ciencia.

—Nada de lo que me diga mitigará mi dolor, querido Roy —protestó—. Había tratado personalmente a más de la mitad de esos sabios. Conocía su honrada forma de ser, sus elevados conceptos, su aportación desinteresada a este miserable mundo en que vivimos y los esfuerzos que estaban haciendo para encontrar el justo remedio al gran problema que tiene hoy en día la Tierra planteado.

Hizo una pausa, antes de añadir, con mayor pesadumbre:

—Y ahora... todos... ¡Todos ellos convertidos en polvo! ¡En átomos que vagarán por la atmósfera, recordándonos que el hombre, el ser humano que se llama orgullosamente rey de la Creación, no es nada! ¡Nada! ¡Nada en absoluto!

Tras este estallido de dolor, vino la explosión de su cólera, maldiciendo y renegando de los cerebros obtusos y tercos que pretendían, mediante el crimen y el asesinato, hacer fracasar lo que él proponía.

—¡Imbéciles y cretinos, además de canallas! — rugió con su voz áspera y desagradable—. ¡Ciegos egoístas que no miran más allá de sus menguadas narices! Calculan que ellos están muy bien en este mundo y que podrán seguir respirando en la Tierra hasta el fin de sus inútiles y podridas vidas, llenas de ambiciones, errores e insanas apetencias.

—Por favor, abuelo.... — suplicó la muchacha.

Pero Gunnar Bergman la fulminó con su ira desatada, ordenándole:

—¡Calla, Bonnie! ¡No pretendas calmar el volcán que me ruge dentro! Quienquiera que haya organizado esa bárbara matanza no es nada más que eso. ¡Un imbécil! ¡Un cretino y un estúpido!

—Se abrirá una investigación a escala mundial, que llegará hasta las últimas consecuencias — le anunció Roy Brynner.

—¿Y qué se adelantará con eso, Roy? — volvió a rugir el anciano sabio —. ¡Nada! Caerán en la red los peces pequeños, los ejecutores materiales del sabotaje, simples peones sin importancia. ¡Escoria pagada!

—Ellos nos llevarán a los verdaderos autores.

—Pues no pierdan tiempo, Roy. ¡Búsquenlos entre esos sucios y egoístas magnates de la industria! ¡Entre los apoltronados multimillonarios! ¡Entre los miopes conformistas que desean que nada cambie! ¡Entre los cobardes que, cubriéndose con la capa de la honorabilidad, con los andrajos de una moral ya caduca y corroída, pasada de moda, aseguran que la eutanasia es un crimen y una coacción de la libertad el control lógico de la natalidad!

—Por favor, profesor Bergman. Sabe que yo...

—¡Sí, Roy, sí! — le interrumpió sin escucharle —. ¡Búsquenlos ahí!

Entre esa gente de cerebro de hormiga. Entre esos falsos «héroes» que, al socaire de una ñoña solidaridad humana, prefieren morir juntos, como un rebaño de reses sin criterio ni inteligencia, antes de sacrificar a los inútiles compañeros de viaje que frenan el progreso de la especie.

Era mejor dejarle desahogarse y, tanto su nieta Bonnie como su secretario particular Edward Sindrich y Roy Brynner, continuaron guardando silencio al oírle seguir, con redoblado brío y gestos histéricos:

—Busquen a los responsables entre las esferas gubernamentales. Entre los ministerios y departamentos, entre muchos de los grandes líderes populares, que bien sentados en sus cómodas poltronas, aferrados como avaros a los abundantes comederos de hacienda pública, se sienten inmovilistas y tampoco quieren que nada cambie. ¿Qué les importa a ellos el bienestar futuro de las próximas generaciones, si ya no sentirán hambre en sus voraces estómagos ni deseos desenfrenados para colmar su lascivia? ¿Por qué inquietarse de que la Tierra se convierta en una manzana podrida, llena de gusanos agonizantes, si ellos ya expiarán sus pecados en sus tumbas? Piensan que no vale la pena perder el sueño por los que les seguirán. Para decidir una cosa como la que mis colegas y yo les proponemos, se necesitan agallas y bríos. ¡Y los cobardes, las lombrices nunca deciden! ¡Se dejan llevar, que es más cómodo!

Algo molesta por aquella larga serie de imprecaciones, la muchacha decidió replicar a su abuelo:

—No debes hablar así, acusándoles a todos. Sabes que muchos gobernantes esperan vuestras conclusiones para decidirse a obrar. ¡Te lo han prometido!

—Sí, Bonnie. Pero otros ponen trabas, barreras y objeciones. ¡No sé a qué esperan para convencerse!

—Te lo he dicho, abuelo: ¡La firma de un ultimátum de la Ciencia!

—¿Y cómo conseguir esas firmas, esa autoridad científica, aprobada por los mejores, por los más dignos de crédito, si los van eliminando?

—Quedas tú y otros muchos, abuelo.

—¡Ay, hija mía! ¡Ruega para que nos oigan a tiempo! ¡Para que se muerdan su orgullo y admitan que nosotros, que hemos quemado nuestras pestañas para llegar a las auténticas realidades, les indiquemos el camino a seguir! ¡Rogad todos para que sea así!

Su huesuda mano se agitó en el aire con gesto elocuente de que deseaba estar solo, musitando, al ver que su secretario también se disponía a salir de la habitación:

—Tú no, Edward, por favor. Inyéctame... ¡Hoy lo necesito más que nunca, para poder superar este doloroso trance!

—Sí, profesor.

CAPÍTULO IX

En la terraza giratoria que seguía al sol, sintiendo en los rostros la refrescante brisa marina y caminando junto al borde de la piscina con agua climatizada, Roy Brynner indagó, dirigiéndose a la muchacha rubia:

—¿Qué se inyecta su abuelo, Bonnie?

—No lo sé.

—Me temo que tendré que preguntárselo. No olvide que, ante mis superiores del Gobierno Central Galáxico, soy responsable de su vida.

—Creo que son hormonas. A mi abuelo siempre le ha asustado la vejez.

—Aparte de que Edward sea su novio, ¿es de absoluta confianza?

Bonnie Gillman dejó de andar para mirarle directamente a los ojos negros con los suyos azules.

—Lo primero lo niego, Roy —repuso—. ¡Lo segundo lo afirmo! Edward admira mucho a mi abuelo.

—¿Se conocen desde mucho?

—Sí. Edward fue discípulo suyo.

—Tengo entendido que el profesor Gunnar Bergman ha viajado mucho. Me dijeran que ha pasado largas temporadas en los planetas.

—Así es, pero Edward estudió en Marte.

—Perdone mis preguntas, Bonnie. Pero el otro día intentaron asesinar a su abuelo.

—¿Cómo? ¿Es eso cierto, Roy?

—No se asuste, pero lo es. Todos los días uno de mis hombres analiza los alimentos que le sirven y... Un ponche que pidió a media tarde estaba envenenado.

—¡No es posible!

—¡Una fuerte dosis de curare, antiguo veneno procedente de la zona amazónica!

La muchacha rubia estaba tan excitada, tan alarmada y confusa, que tomó el brazo del hombre y protestó, clavando fijamente sus pupilas en sus ojos:

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué lo ocultó, Roy?

—No quería alarmar a nadie. ¡Es mejor así!

—Al menos, supongo que averiguaría quién lo intentó.

—Lo siento, no fue posible. Lógicamente, envié a Luck Kelly a investigar entre la servidumbre, concretamente en la cocina, donde habían preparado el ponche.

—¿Y qué...?

—¡Nada! Por lo visto, el responsable... ¡ya había «muerto»!

Nueva alarma en la muchacha al decir, recordando y deduciendo:

—¡No me diga que fue Amunsen, el ayudante del cocinero!

—Debió de ser él, aunque todos ustedes siguen creyendo que, según el dictamen médico, falleció de un repentino ataque al corazón.

—¡Pero si la doncella Bibi Björnstad e Ingerson le vieron caer en el «office»! Todos sabíamos que Amunsen sufría frecuentes ataques al corazón. El médico mismo nos dijo que...

—Su médico sí, Bonnie... El nuestro, no.

—¿Qué quiere decir, Roy?

—Uno de mis hombres, Sam Beecher, está licenciado en medicina. Posteriormente él le hizo la autopsia y también encontró partículas de curare cerca de la aorta.

Al oírle, la muchacha rubia fue a retroceder.

—Tengo que decírselo a mi abuelo y a Edward. ¡Una cosa así deben saberla! — dijo.

Pero la mano masculina atrapó al vuelo el antebrazo femenino, reteniéndola al aconsejar:

—¡Quieta! ¿Quiere estropear nuestro paciente trabajo?

—¿Pretende seguir ocultándolo, Roy?

—Pretendemos «cazar» al asesino. Al que intentó eliminar a su abuelo y al que mató a su criado. ¡Eso es todo, Bonnie!

—Pero ¡es terrible! ¡Eso significa que el asesino debe rondar todavía por aquí! Quién sabe si cualquier noche, si lo intenta otra vez...

—Lo intentará y espero que él nos lleve a los jefes de esta vasta conjura contra los científicos.

Bonnie Gillman le miró desagradablemente pugnando por soltar su brazo de la mano masculina, afeándole:

—Eso es tanto como tenernos a todos como a conejillos de India. ¡Y todo para que sus jefes le feliciten por su trabajo! ¡Es usted odioso, Roy!

¿Qué podía hacer? ¿Devolver el insulto?

No lo hizo y a su vez, dejándose llevar por lo que hacía días ansiaba decirle, Roy Brynner replicó:

—Y usted muy bonita, Bonnie. ¡Endiabladamente bonita!

—¡Suélteme! ¡Me está haciendo daño!

—La soltaré si promete guardarme el secreto.

—No lo prometo. En todo caso, no debió confiar en mí tampoco.

—Ya lo hice... y espero no arrepentirme, Bonnie. Se lo pido por la seguridad de su abuelo y... También por la de todos.

—¿Qué quiere insinuar?

—Que si el asesino o los asesinos se enteran de que sabemos algo, es posible que se decidan a emplear otros métodos más directos y violentos.

Roy Brynner comprendió que por el miedo empezaba a ganar la promesa que deseaba de la muchacha, añadiendo:

—Me refiero, por ejemplo, a pequeñas bombitas atómicas de relojería.

—¿Igual que han hecho con... con todos esos científicos en el astrodomo de la Tierra de Fuego?

—Igual, Bonnie. ¡O más perfeccionadas! ¿Sabe que hoy en día pueden construirse del tamaño de una linda perla?

La mano masculina soltó el antebrazo de la mujer, pero para ir hacia el collar de perlas naturales que contrastaban con la tostada y sedosa piel de la muchacha al añadir:

—Por ejemplo... alguna de éstas podría ser un artefacto mortífero.

Bonnie Gillman retiró su busto a tiempo, protestando entre divertida y ofendida:

—¡Qué cosas tiene, Roy! Todos los policías son iguales. ¡Desconfiados por naturaleza!

—Por naturaleza no, Bonnie. ¡Por oficio! ¿No me permite que examine su bonito collar?

La respuesta fue tajante, rotunda. Y en aquellos instantes, Bonnie Gillman no desmentía su parentesco con su abuelo, el serio, grave y poco diplomático profesor Gunnar Bergman.

—¡No! ¡No se lo permito!

— Como quiera: pero al menos prométame guardar el secreto de todo lo que le he dicho.

—Bueno... Si de veras cree que eso contribuye a la seguridad de mi abuelo y al de esta casa, yo...

—¿Prometido, Bonnie?

—Prometido, Roy.

Se estrecharon las manos hasta con cierta solemnidad. Pero Roy Brynner tenía la certidumbre de que aquellos bellos ojos azules le estaban mintiendo y que no tardaría en comprobarlo.

Sólo era cuestión de esperar.

* * *

Montó su red, tal como le habían enseñado sus jefes en la Escuela de Adiestramiento de la Policía de Seguridad dependiente del Gobierno Central Galáxico, dejando a sus hombres cada uno pendiente de su misión y tras una fútil excusa ante los dueños de la mansión, trasladándose directamente a Australia, al desierto Victoria en donde aterrizó el cohete intercontinental, que apenas tardó una hora desde Noruega al Continente austral.

Y eso porque, por superar varias veces la barrera del sonido, tales vehículos debían emplear varios minutos en ganar la altura suficiente para que su portentosa velocidad no resultase molesta, ni para los pasajeros al viajar en la atmósfera menos densa, ni para la tupida red de vuelos convencionales que prácticamente cubrían el espacio inferior.

El coronel William Dotroret le esperaba en la Base de Meckatharra y, tras escuchar su informe le atajó:

—Imposible, Roy: el profesor Gunnar Bergman es digno de toda confianza.

—Sólo he adelantado una hipótesis, coronel. ¡Y no me diga que no tiene fundamentos!

—Lo siento, Roy, pero no es posible. ¡No los tiene! Al menos, fundamentos sólidos.

Hizo una pausa el coronel William Dotroret, antes de intentar razonar:

—Sé que no eres partidario de las teorías del profesor Bergman y es posible que eso te haga conceptuarle mal. Es un científico puro que...

—¡Ahí está, coronel! ¡Ese viejo loco está borracho de ciencia! Ha llegado a estudiar tanto, a saber tanto y a sublimarse de tal manera, que él mismo se considera a cien atmósferas de los simples y vulgares mortales. A su misma nieta la trata como si fuera una insignificante hormiguita. Para Gunnar

Bergman, el sabio, el inteligente, el galardonado profesor, dos veces Premio Nobel y con cientos de medallas y galardones más, todo lo que no sean sus peregrinas teorías no importa. Se cree por encima del bien y del mal. O para repetir sus palabras que podrá observar están llenas de indomable soberbia, coronel: «Ningún mito, ningún dogmatismo, resiste las evidencias de la ciencia moderna.»

—De todas formas, mezclarle a él en esta misteriosa conjuración contra sus propios colegas, resulta absurdo, Roy.

—No lo es coronel. He estudiado a fondo el asunto, he investigado y me han ayudado otros muchos a hacerlo en todas las partes del mundo.

—¿Y el resultado, muchacho?

—¡Sorprendente, señor! Para empezar, ¿sabe que el profesor japonés Osuko Omary se opuso en la conferencia de Astrea a las afirmaciones categóricas que capitaneaba el profesor Gunnar Bergman?

—Eso nada quiere decir.

—Coincide con que el biólogo alemán Reader, también asesinado, hacía lo mismo. Y con las opiniones del profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia. Y con la del ruso Sabilus Petrovich, recientemente «eliminado» en compañía de muchos de sus compañeros, seleccionados, «precisamente» para enviarlos a Marte... ¡Por Gunnar Bergman, coronel!

—¡Diablos, Roy! Si pones las cosas así...

—No las pongo, coronel. ¡Son así!

—Bueno... Nosotros también hemos investigado, muchacho.

—Dígame el resultado — apremió el inquieto agente de seguridad.

El coronel William Dotroret estuvo examinando unos documentos, antes de informar:

—Bien: reconozco que hay un porcentaje elevado de científicos muertos en estas últimas semanas que...

—¡Siga, coronel!

—Que también, en alguna que otra ocasión, se mostraron contrarios a las teorías de es sabio noruego que te quita el sueño.

—¿No le dije, yo, señor? ¡Ese tipo tiene algo que me disgusta!

Con la mano alzada pidiéndole prudencia, el coronel pidió:

—Por favor, Roy. Eche el freno. A un hombre como Gunnar Bergman no hay por qué llamarle «tipo» ni juzgarle por su simpatía personal o su genio adusto.

—Perdone, pero... ¿sabe que tiene un pasado también algo nebuloso?

—Y un historial en los últimos años magnífico, muchacho. Ha viajado por todo el Sistema, inaugurando laboratorios, centros de investigación y regando todos los planetas con su ciencia, de conferencia en conferencia. ¡Una labor infatigable y asombrosa!

—Sí, pero destilando siempre, aquí y allá, sus gotitas de amargura, su rencor y veneno contra las mujeres, los hombres y toda la raza humana en general.

—Es conocida su actitud, Roy. Detesta a la gente inútil, a los que para nada valen. De ahí que proponga la implantación de la ley sobre la eutanasia.

— ¡Buena eutanasia le aplicaba yo a él! La predica y se le cae la baba de viejo. ¡Ya no puede con sus calzones! ¡Hasta tiene que inyectarse hormonas!

—Eso no es ningún delito. Muchos lo hacen.

—Su esposa le abandonó, después de tener un hijo; el padre de Bonnie.

—¿Bonnie? — sonrió el coronel intencionalmente—. ¡Cuánta familiaridad, muchacho! Creo que deberías decir «la señorita Gillman», ¿no te parece?

—Como quiera: pero vaya otro tanto a mi favor. En la circular que envió a sus colegas para concentrarse en el astrodomo de la Tierra de Fuego, les comunicaba que él encabezaría la expedición a Marte, donde estudiarían en aquel retiro todos los peligros sobre la contaminación. ¡Y no lo hizo!

—Eso es público, Roy. Posteriormente tuvo que cambiar de idea, para una nueva entrevista con los delegados continentales.

—Lo sé. Para quedar de acuerdo con la redacción del documento. Pero también es posible que para salvar el rabo de la quema.

—Eso es tanto como presuponer que sabía lo del gran sabotaje.

—Presupóngalo, coronel. Le resultará más fácil ver las cosas tal como las huelo yo.

—¡Eres terco, Roy! Aceptar eso implica muchas cosas. Una de ellas, que el profesor Gunnar Bergman ha montado una confabulación mundial, ya que sus presuntos agentes han obrado, aquí y allá, en los sitios más remotos y distantes.

—Usted sabe que esa confabulación existe, coronel. Nosotros no podemos creer en las «casualidades».

—Admito. Pero... ¿No va contra sus propios programas ir eliminando a sus colegas científicos?

—No, si en la mayoría de los casos fueron hombres honrados que se

oponían a sus teorías.

—Los hay que no.

—Simple camuflaje, coronel.

—Eso sería monstruoso. ¡Maquiavélico!

—¡Lo es, señor! Hombres de la talla de un Gunnar Bergman no obran sin premeditación. Atan todos los cabos, valiéndose precisamente de su desarrollada inteligencia. ¡Están en todas!

—¿Y qué gana con eso?

—La opinión mundial, ¿le parece poco? La gente está empezando a pensar que, si alguna organización misteriosa está empeñada en hacer fracasar la implantación de las teorías de Gunner Bergman, por algo será. Añada a esto que muchos científicos opinan como él, siendo ahora mayoría una vez eliminados los otros. De eso a tener todos los triunfos en las manos para que, tras reunión cumbre de cerebros, sean aprobadas sus leyes, sólo hay un paso.

Roy Brynner tuvo que detenerse para respirar y tomar aliento, antes de insistir:

—Ya sé que es muy fácil caer en la trampa. ¡Hay tantos sectores que la gente sabe están contra él y sus seguidores! Los multimillonarios, los magnates industriales, los truses comerciales que tendrán que cerrar sus factorías y sufrir, durante un tiempo, las consiguiente pérdidas, los que él llama retrógrados, cobardes y llenos de mitos y prejuicios viejos y carcomidos, los «románticamente» puritanos, los contrarios al control de la natalidad y la eutanasia... ¡Qué sé yo! ¡Hay para elegir, coronel! ¡Y él lo sabe! ¡Él y todos los que le siguen, lo saben muy bien, creyéndose a cubierto con todos esos posibles sospechosos!

—¡Basta, Roy, basta! Terminaras por marearme.

—Perdone, señor: pero tenía que soltarlo.

—¡Ya, ya...! ¡Y te despachaste bien!

Los ojos de Roy Brynner miraron a su jefe como pidiendo disculpas, al susurrar:

—Hay algo más, señor...

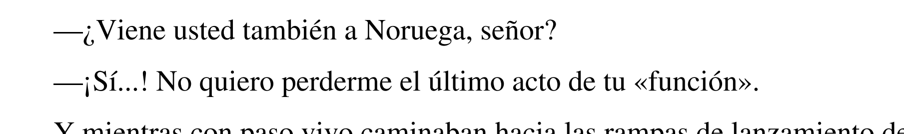
—¿Más...?

—Sí, coronel.

William Dotroret conocía bien a Roy Brynner y sabía que ya nada podría detenerle. Pero se levantó ordenándole:

—Pues lo dejas para luego: ahora tenemos que comer y me lo irás

contando en el viaje de regreso.



—¿Viene usted también a Noruega, señor?

—¡Sí...! No quiero perderme el último acto de tu «función».

Y mientras con paso vivo caminaban hacia las rampas de lanzamiento de los cohetes intercontinentales, el coronel dijo:

—Termine como termine, vas a necesitarme. Y, si resulta que te equivocas, no estará de más tenerme cerca para echarte un capotazo. ¿De acuerdo?

Roy Brynner sonrió abiertamente antes de decir:

—Gracias, coronel.

CAPÍTULO X

Superada la aceleración inicial de ascensión, ya en vuelo elíptico directo hacia Europa, los altavoces interiores empezaron a zumbar, anunciando a los pasajeros:

—Pueden soltar sus cinturones: el vuelo durará exactamente una hora y cinco minutos. El comandante del cohete-nave les desea un feliz viaje.

El coronel William Dotroret se liberó de las correas que le mantenían firmemente sobre el cómodo sillón, esperó la luz verde antes de bajar de él, y una vez todos los pasajeros vieron parpadear el aviso que les permitía andar por la nave invitó a Roy Brynner:

—Vamos al salón: charlaremos mejor allí.

Al entrar, una hermosa mujer, elegante, de grandes ojos negros pero de tez y manos ligeramente verdosas, Les miró desde el fondo del salón y cortésmente los dos hombres inclinaron ligeramente las cabezas. A ninguno de los dos le extrañó el tono verdoso de aquella piel, aunque el coronel William Dotroet aclaró a su acompañante:

—Ha debido nacer en Marte, o permanecer muchos años allí. Aquel ambiente a todos les afecta en la pigmentación de la piel. Se debe a la climatación artificial.

—Sí, coronel.

Ya cómodamente sentados, William Dotroret invitó:

—Adelante, Roy. ¿Qué más tenías que decirme?

—Se trata de los «Hijos del Futuro». Ya sabe... esa organización internacional de extrañas ideas.

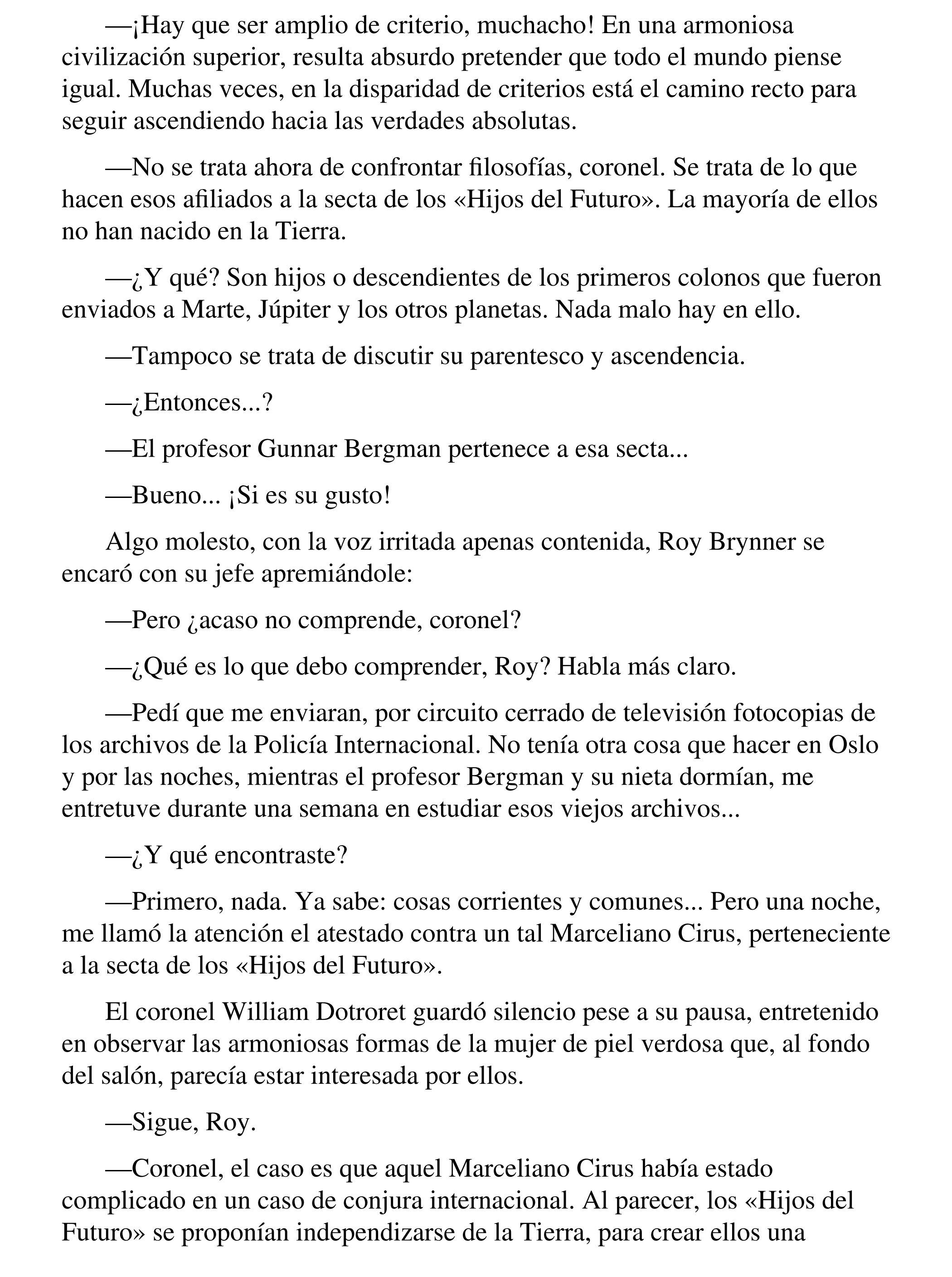
—No tan extrañas, muchacho. Yo tengo un amigo que pertenece a esa secta. ¡Y es un buen chico!

—Será una excepción, señor. Su divisa lo dice todo: «Ni Dios, ni dueño».

—Formas de pensar, muchacho. La Ciencia a veces deshumaniza a los hombres y les hace soberbios, al creer que lo pueden lograr todo prescindiendo del espíritu.

—Hubo un tiempo en que estuvieron fuera de la ley.

—Ya no lo están, Roy. ¡Los tiempos cambian! Recuerdo que en cierta ocasión leí algo que se me quedó grabado en la mente. Más o menos decía así: *La civilización es el progreso, desde una homogeneidad indefinida e incoherente, hacia una definida y coherente heterogeneidad.*



Vio a su joven compañero pensar e indagó:

—¿Te gusta, Roy?

—Sí, no está mal. Aunque hay ciertas heterogeneidades que nunca podrán armonizar, por lo tanto, no podrán ser definidas y coherentes.

—¡Hay que ser amplio de criterio, muchacho! En una armoniosa civilización superior, resulta absurdo pretender que todo el mundo piense igual. Muchas veces, en la disparidad de criterios está el camino recto para seguir ascendiendo hacia las verdades absolutas.

—No se trata ahora de confrontar filosofías, coronel. Se trata de lo que hacen esos afiliados a la secta de los «Hijos del Futuro». La mayoría de ellos no han nacido en la Tierra.

—¿Y qué? Son hijos o descendientes de los primeros colonos que fueron enviados a Marte, Júpiter y los otros planetas. Nada malo hay en ello.

—Tampoco se trata de discutir su parentesco y ascendencia.

—¿Entonces...?

—El profesor Gunnar Bergman pertenece a esa secta...

—Bueno... ¡Si es su gusto!

Algo molesto, con la voz irritada apenas contenida, Roy Brynner se encaró con su jefe apremiándole:

—Pero ¿acaso no comprende, coronel?

—¿Qué es lo que debo comprender, Roy? Habla más claro.

—Pedí que me enviaran, por circuito cerrado de televisión fotocopias de los archivos de la Policía Internacional. No tenía otra cosa que hacer en Oslo y por las noches, mientras el profesor Bergman y su nieta dormían, me entretuve durante una semana en estudiar esos viejos archivos...

—¿Y qué encontraste?

—Primero, nada. Ya sabe: cosas corrientes y comunes... Pero una noche, me llamó la atención el atestado contra un tal Marceliano Cirus, perteneciente a la secta de los «Hijos del Futuro».

El coronel William Dotroret guardó silencio pese a su pausa, entretenido en observar las armoniosas formas de la mujer de piel verdosa que, al fondo del salón, parecía estar interesada por ellos.

—Sigue, Roy.

—Coronel, el caso es que aquel Marceliano Cirus había estado complicado en un caso de conjura internacional. Al parecer, los «Hijos del Futuro» se proponían independizarse de la Tierra, para crear ellos una

civilización distinta en Marte y los otros planetas del Sistema. ¡Algo realmente sucio, señor!

William Dotroret se esforzó en recordar, diciendo al fin:

—Debió de pasar hace mucho tiempo, Roy. Que yo sepa...

—Hace exactamente ciento diez años, señor.

Roy Brynner vio que su superior le miraba entre extrañado y divertido, al exclamar:

—¿Y te preocupan las cosas que han pasado hace más de un siglo?

—Así es, coronel.

—¿Por qué, Roy?

—Porque los «Hijos del Futuro» siguen soñando con esa absurda independencia. Lo prueba el hecho de que, durante todo ese tiempo, cuando alguno de ellos ha tenido que ser detenido, en el fondo había latente esa cuestión.

—De todas formas, no veo relación...

El coronel William Dotroret guardó silencio, interrumpiendo su frase para decir al poco:

—¿Cuándo descubriste que el profesor Gunnar Bergman pertenece a esa organización?

—Examinando los archivos que me fue enviando la Policía Internacional por circuito cerrado de televisión. Por lo visto se afilió ya hace mucho tiempo: en uno de sus viajes que hizo a Júpiter, para inaugurar unos laboratorios de física nuclear. Ahora hará unos cuarenta años hubo otro conato de independencia allí. Su nombre estaba entre los conjurados, pero al parecer, hábilmente, pudo quedar descartado.

—¿Y crees que...?

—Le he dicho que ese hombre no me gusta. Odia a nuestra civilización. Siempre que puede llama viejos prejuicios, mitos y convencionalismos corroídos a todos los conceptos morales por los que nos regimos. Sometido a un profundo sicoanálisis, yo diría que sufre un agudo complejo de superioridad. Tiene vocación de rey... ¡O de dios!

William Dotroret pareció reflexionar profundamente durante más de dos minutos antes de replicar:

—De todas formas, no casa, Roy.

—¿Por qué no, coronel?

—¿No comprendes? Acertado o no, inclinando la balanza a su favor, por

unos métodos o por otros, lo que propone el profesor Bergman es, al fin y al cabo, una posible solución para los problemas de la Tierra. Quiere atajar la contaminación que está envolviéndonos y...

—O quiere llevarse para los otros planetas dos mil millones de obreros, especialistas y técnicos... ¡Además de instalar allí unas gigantescas industrias! — le interrumpió Roy Brynner, obstinado en su idea.

—¿Eso piensas, Roy?

—Sí, coronel. ¡Y hay más! Ya se ha creado un caos que nos está debilitando. ¿Ha pensado en lo que significaría el que los «Hijos del Futuro» pudieran disponer nada menos de dos mil millones de terrícolas esclavos? En pocos años conseguirían, no ya sus sueños de total independencia, ¡sino dominarnos por completo!

—No sé, muchacho. Todo eso que dices es... demasiado absurdo. Los «Hijos del Futuro» suelen estar agrupados en sociedades culturales, en pequeños grupos que cultivan las artes y las ciencias y...

—Y la negación de los valores del espíritu, como línea constante en todas esas sociedades, coronel. Y si lo quiere más claro, investigue sobre los responsables en las colonias del Sistema, señor. Encontrará una «casualidad» que le hará pensar.

—¿Qué quieres decir, Roy?

—Que la mayoría de ellos, y muchos puestos directivos en los gobiernos de los planetas, ¡están en manos de afiliados o simpatizantes a los «Hijos del Futuro»!

Levantándose abandonando el cómodo sillón, el coronel William Dotroret exclamó:

—¡Diantre, Roy! ¡Me estás preocupando!

—Debemos estarlo, señor. Ya le dije antes que nosotros no hemos de aceptar las frecuentes «casualidades».

—¿Tú has investigado eso, muchacho?

—No muy a fondo, pero en parte sí, señor.

—¡Buen trabajo, Roy! ¡Te felicito, muchacho!

—De todas formas, debemos ir con mucho cuidado. Ya sabes que los organismos dependientes del Gobierno Central Galáxico no tienen por ahora ningún poder ejecutivo. El profesor Gunnar Bergman cuenta con grandes influencias y un formidable prestigio internacional. Un solo fallo y hará que nos envíen al más apartado rincón del Sistema... ¡a vigilar cómo crecen los champiñones en Plutón!

—Yo me arriesgaría, coronel. Informaría de todo esto a los jefes de la Policía Internacional, a los delegados continentales, a todos los centros de seguridad.

—¡No, Roy! Al menos, no sin presentarles algo concreto.

—Por eso no se preocupe, coronel. ¡Yo haré que el profesor Gunnar Bergman pique un anzuelo y caiga en la trampa!

Tras mirar sus relojes comprendieron que debían volver a sus asientos para sujetarse con las correas de seguridad, antes del vertiginoso descenso salieron del salón general, dejando a la bella y elegante mujer de piel ligeramente verdosa allí.

Por eso no pudieron verla sonreír v avanzar hacia donde ellos habían estado sentados. Cuando comprobó una vez más que estaba sola levantó los cojines y dejó al descubierto un ingenioso magnetófono que había estado registrando fielmente toda la conversación de los dos hombres. Con sumo cuidado lo introdujo en las profundidades de su generoso escote y levemente musitó:

— ¡Tú sí caíste en la trampa, buen mozo! ¡Lástima! Tiene un tipo excelente...

CAPÍTULO XI

Fue al pie de la rampa de lanzamiento, casi junto al vehículo que debía llevarles a Oslo y en el que ya estaban acomodados los otros pasajeros, excepto la hermosa mujer elegante de la piel verdosa, que dijo que tener que hacer transbordo allí, para partir en dirección a Marte.

El chasquido fulguró con su haz de luz violácea, y al instante, una de las portezuelas del vehículo empezó a fundirse como si sobre el metal se hubiera aplicado un chorro de fuego autógeno.

—¡Al suelo, coronel! ¡«Lasser»! —exclamó Roy Brynner, arrastrando en la caída a su superior.

William Dotroret se vio de narices sobre la pulida superficie de la pista, repitiendo al girar la cabeza hacia el hombre que le había salvado:

—¿«Lasser», Roy?

—Sí, coronel... Alguien nos ha disparado con un arma de esa clase.

Los demás pasajeros empezaron a descender del vehículo, que en un instante había empezado a adquirir una temperatura insoportable. Los empleados de la compañía intentaban calmarlos, y el chófer, conectando su altavoz portátil que colgaba de su cuello, anunció:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Alarma en la pista número siete!

Los ruidos empezaron a hacerse ensordecedores e insoportables. Sirenas, timbres de alarma y un griterío infernal allá, a lo lejos, donde quedaban las oficinas y los departamentos de salida y recepción de los pasajeros.

La puerta impactada del vehículo dejó de lanzar humo, pero descubriendo la brecha en el metal, como una herida abierta.

Minutos después otro vehículo les transportaba hasta la recepción de pasajeros, y tras presentar sus credenciales ante el jefe de la compañía, el coronel Dotroret, indagó:

—¿Pudieron localizar a quién nos atentó?

—No, señor. Hay demasiada gente aquí y muchos han de pasar aún por el detector. Esto es una estación de enlace y...

—¿Hacia dónde quedan las rampas de los lanzamientos que parte para Marte? — indagó intuitivamente Roy Brynner.

—Hacia allí, señor; en la parte sur. Son las más alejadas por...

Roy Brynner y el coronel William Dotroret ya sabían por qué. Habían

efectuado más de un viaje a los planetas del Sistema y conocían la potencia de los cohetes propulsores que utilizaban aquellas gigantescas astronaves. Cinco millones de litros que entraba en ignición, consumidos en menos de un minuto.

Solicitaron un vehículo y volaron hacia las rampas de lanzamiento, pero sin conseguir encontrar lo que buscaban.

La bella mujer, elegante y hermosa de la piel ligeramente verdosa, no estaba entre los pasajeros que esperaban subir a la astronave para acomodarse en sus cabinas.

—¡Se esfumó!—exclamó malhumorado el coronel William Dotroret.

—Nos despistó a todos, señor. Dijo en voz alta que iba a Marte, pero no debe de ser así.

—¿Crees que fue ella?

—Es de suponer. Nos estuvo mirando muy fijamente, durante nuestra charla en el transcurso del viaje, en el salón.

—Ya me fijé; pero no creí que...

—Me trago un zapato si esa mujer no pertenece a la secta de los «Hijos del Futuro».

—¿Lo dices por el tono de su piel?

—Sí, habrá nacido en Marte, o llevará allí muchos años.

—Bien. No perdamos más tiempo. Tú a tu puesto en casa del profesor Bergman, y a ver si eres capaz de atraparle en algún fallo.

—Ahora será más difícil, él habrá enviado a esa linda asesina.

—¿Les dijiste que iban a Australia, a entrevistarte conmigo?

—No. Pero me habrá hecho seguir.

—De todas formas, ignora que sospechas de él. Puedes decirle que fuiste a informarme sobre cosas del servicio.

Roy Brynner miró a su jefe, mientras regresaban al núcleo central de la base sobrevolándola nuevamente.

—Y ese atentado, ¿qué, coronel? — dijo—. Si han intentado eliminarme... o eliminarnos, es por algo, señor.

—Sí, claro. De lo que deduzco que resultará peligroso que vuelvas a esa finca cerca de Oslo. Puedo enviar a...

—No, señor. Eso les haría sospechar más.

Hizo una pausa y añadió, intentando dar un aire despreocupado y

divertido a sus palabras:

—De todas formas, si me ocurre algo, tendrá usted la seguridad de lo que pasa. ¿No le parece?

—Bonita forma de mirarlo. Pero, ¡tú ya estarás desintegrado!

—Hay que arriesgarse, coronel.

—De acuerdo, Roy. ¡Qué le vamos a hacer!

* * *

Antes de que el vehículo descendiera sobre la elevada terraza central de la finca del profesor Gunnar Bergman, Roy Brynner intuyó que «algo» había ocurrido allí en su ausencia.

Lo intuyó porque, en el jardín, en la parte delantera donde debían estar dos de sus hombres de guardia, no había nadie, y lo mismo sucedía en todo el perímetro de la regia finca. Consideró improbable que sus hombres hubieran abandonado la guardia, lo mismo que Gunnar Bergman se hubiera quitado la careta ordenando eliminar a unos agentes del Gobierno Central Galáxico que el alto organismo internacional sabía que habían sido enviados allí.

De todas formas, maniobro con precaución y cuando el colchón neumático se posó suavemente sobre la terraza, antes de descender de la cabina empuñó su pistola de rayos «Lasser» como medida de seguridad.

Aquellos ingeniosos vehículos eran totalmente silenciosos, pero como el radar había de detectar su presencia uno de los criados de la casa apareció en la terraza. Roy Brynner le conocía de los días que había permanecido allí y tras enfundar su mortífera arma saludó:

—Hola, Günder. ¿Cómo va todo?

—Mal, señor Brynner.

—¿Cómo...?

—Sí, señor Brynner... ¡El profesor ha muerto!

El agente de seguridad del Gobierno Central Galáxico quedó perplejo. El profesor Gunnar Bergman ya era muy viejo, habría cumplido sus setenta años, y además, últimamente no parecía gozar de mucha salud. Podía haber muerto normalmente y, sin embargo, insistió alarmado.

—¿De qué ha muerto, Günder?

—¿De qué va a ser, señor Brynner? Como muchos de sus colegas... ¡Asesinado! ¡Vilmente asesinado!

—¡Diantre!

Aquello era muy distinto. Trastocaba todas sus sospechas y venía a añadir nuevo misterio a todo lo que estaba pasando. Era muy posible que estuviera equivocado y que, aparte del interés de la secta de los «Hijos del Futuro», otras organizaciones estuvieran interesadas en ir eliminando a todos los científicos que se habían estado agrupando en torno al anciano dueño de aquella casa.

—Lo siento, Günder, yo...

—¡Usted no debió marcharse!—le acusó, sentidamente, el criado.

—Dejé a mis hombres y…

Caminaban ya hacia el borde de la elevada terraza, cuando nuevamente preguntó al criado:

—¿Cómo ocurrió, Günder?

La voz metálica de Edward Sindrich surgió del sistema de altavoces, anunciándole:

—Baje y se lo diré yo personalmente, Roy. ¡Ya era hora de que regresara!

Mientras descendían en el ascensor automático, Roy Brynner se estuvo diciendo que, como correspondía a la casa de un afamado científico como Gunnar Bergman, la finca tenía toda clase de modernísimas instalaciones. Radar, radio y circuitos de televisión conectados con las partes más alejadas del mundo y, además, algún sistema auditivo que le había permitido al que fue secretario del profesor escuchar las preguntas que le había estado haciendo al criado Günder.

Al llegar a la segunda planta, desde el pasillo muellemente alfombrado, Günder le indicó:

—El señor Sindrich está en su gabinete: la tercera puerta a la izquierda, señor.

—Gracias, Günder. Lo sé...

Cuando desde el interior se apetecía así, las puertas se abrían antes de llegar a ellas, al aproximarse y poner en acción las células fotoeléctricas que lo mismo podían cerrar, a cal y canto, la entrada.

Para ello sólo bastaba accionar un simple botón.

Edward Sindrich no lo hizo, encontrándose en la entrada al alto y moreno agente de seguridad representante del Gobierno Central Galáxico, que a su vez le vio sentado ante una serie de complicados tableros, con diales, palancas, manipuladores y un sin fin de delicados mecanismos.

Contempló todo aquello y por todo saludo, lo primero que dijo Roy

Brynner fue:

—Está muy bien instalado, amigo Edward.

—Consecuencias de la Ciencia... a la que usted, en el fondo de su corazón, parece despreciar un poco.

—Nunca la desprecié, aunque pienso que la ciencia que sirve para hacernos orgullosos y que degenera en pedantería, no vale nada más que para deshonrarnos.

—Le gustan las palabras altisonantes, Roy, ¡Como a todos los románticos!

Roy Brynner prefirió no contestar, para abordar lo que más le interesaba al enlazar sus preguntas:

—¿Cómo, cuándo y quién ha asesinado al profesor Bergman?

Edward Sindrich quedó cabizbajo por un instante, mostrando su pesadumbre.

—Créame que me gustaría poder contestar a esas tres preguntas, Roy.

—Al menos conteste una. ¿Cuándo ocurrió?

—Al poco de marcharse usted. No habría pasado ni media hora.

—¿Cómo...?

—Así fue, Roy... Al poco de despedirse de usted, el profesor dijo que deseaba dar un paseo por el jardín y me ofrecí a acompañarle. Pero ya sabe lo adusto y áspero que era con todo el mundo. Me rechazó diciendo que quería estar solo... ¡Completamente solo para pensar!

—Y usted le dejó, ¿verdad, Edward?

—Se equivoca. Conocía la misión que usted y sus hombres estaban desempeñando aquí y les dije que, desde lejos, sin molestarle ni que él se diera cuenta, no perdieran de vista al profesor mientras paseaba por el jardín. No es que temiera nada, porque sabía del sistema de seguridad que ustedes habían establecido en torno a esta finca, pero...

—Siga...

—Bueno, Roy... ¡Ya sabe cómo están obrando nuestros enemigos! No se detienen ante nada y muestran poseer una organización perfecta. Por eso les rogué que, pese a todo, no perdieran de vista al profesor...

—Y sin embargo... ¡le han asesinado!

Roy Brynner había alzado la voz casi acusadoramente, y Edward Sindrich se levantó protestando también con acritud:

—¿Cómo íbamos a suponer que uno de sus hombres era un traidor?

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, Edward?

—¡Así es!

—Pero ¿está pretendiendo decirme que uno de mis hombres asesinó al profesor? ¿Dónde están? No les he visto en torno a la finca ni en el jardín y...

—¡Están muertos! ¡Muertos también! ¡Y por uno de sus propios compañeros!

—¡Imposible, Edward! ¡No le creo!

—Pregúntelo a Günder... O a Bibi Björnstad... ¡O al cocinero Ingerson! Los tres les vieron caer barridos por ese sucio traidor. Yo mismo me asomé a la ventana del gabinete al oír los trallazos de su arma, alcanzando a ver cómo corría hacia la verja y...

—¡Siga, Edward!

—Allí le esperaba un vehículo. Ya sabe... Uno de esos vehículos que pueden ir por tierra, por mar o aire. Cuando quise conectar la alarma, ya se elevaba por encima de las montañas del fondo y desaparecía...

—¿Quién de ellos fue?

—No sé... No les conocía por su nombre. Y como los demás quedaron achicharrados junto al profesor, pues...

—¿Dónde están? Al menos por sus cadáveres sabré quién falta.

—Se los llevaron la policía de Oslo. Era natural que diéramos parte y así lo hice.

—¿Y el profesor?

—Abajo, en su cámara... Bonnie le está velando. Ha... ha quedado totalmente desfigurado, pero... ¡Pobre hombre!

Tras su exclamación dolorida pareció entrar en un ataque de cólera y, avanzando hacia él con las manos crispadas, fijamente mirándole con sus ojos azules casi desorbitados, le increpó:

—¿De qué sirven todos ustedes? ¿Para qué vale toda la policía del universo, si siguen ocurriendo cosas así? ¿Son incapaces de atajar todos estos crímenes?

—Tranquilícese, Edward. Yo...

—¡No quiero! ¡No me da la gana tranquilizarme! ¡Gastan y gastan millones y millones que paga el pueblo! ¿Para qué? ¿Para lucir sus credenciales y darse la gran vida? ¿No son capaces de desarticular a esa horrible banda de asesinos?

—Vuelvo a rogarle que se calme; esa banda de asesinos está tan

organizada como nosotros... ¡O mucho mejor, Edward! Los que mueven los hilos de todo esto deben de ser muy poderosos...

—¡Ya lo decía el pobre profesor! Una vez le indicó a usted a dónde debían empezar a investigar. ¿Y le hizo caso?

—Dejemos eso. Quiero ver al profesor.

—Le he dicho que está muy desfigurado. Uno de esos condenados rayos le alcanzó de pleno y...

—Es lo mismo. ¡Quiero verlo, Edward!

—Será tanto como interrumpir el dolor de la pobre Bonnie.

Pero bajó. No quería correr el riesgo de ser engañado. Necesitaba saber si realmente el profesor Gunnar Bergman había sido asesinado.

CAPÍTULO XII

No había duda: aquél era el cadáver del profesor Gunnar Bergman.

El rostro estaba bastante desfigurado, pero la canosa cabeza, aquellas manos largas y huesudas, aquel cuerpo casi esquelético y aquellas orejas grandes, pulposas y sensitivas, eran las del dueño de aquella casa.

Bonnie Gillman permanecía junto a aquellos restos medio carbonizados y cuando le vio entrar le miró no muy amistosamente. Los grandes ojos azules de la muchacha se clavaron en los de él con mudo reposo, esforzándose al decir:

—Supongo que usted estaría divirtiéndose, mientras asesinaban a mi abuelo.

—Se equivoca, Bonnie. Les dije que iba a pasar unas horas en la ciudad, pero no fue así.

Sin mirarle, volviendo a quedar cabizbaja junto a los restos de su abuelo, con un hilo de voz la muchacha rubia le anunció:

—En su habitación encontrará usted una orden del general Igor Anderson. Dijo que vaya usted a verle nada más pueda.

Roy Brynner receló; el general Igor Anderson era el jefe de seguridad de Noruega y posiblemente le acusarían ahora de negligencia por haber abandonado su servicio. Menos mal que en Oslo también estaría su jefe, el coronel William Dotroret que, tal como le había prometido, le echaría una mano.

—Gracias, Bonnie: pero antes me gustaría charlar con su cocinero, la doncella Bibi Björnstad y con Günder.

—¿Para qué? Supongo que Edward ya le habrá informado de todo.

—Necesito esos testimonios.

Guardó silencio y antes de salir, ya junto a la puerta de la cámara se volvió para indagar:

—¿Usted dónde estaba, Bonnie?

—En el salón de música: estaba escuchando una grabación de Straskys.

—Le alabo el gusto, Bonnie. ¡Buen músico!

—No pude oír nada, aunque Edward me dijo que se formó un buen jaleo.

Luego ocultó el rostro entre las manos, exclamando entre sollozos:

—¡Debió de ser horrible! Ese... ese canalla disparando contra mi abuelo y sus propios compañeros.

Dejó de ocultar su cara para volverla airada contra él, gritándole:

—¿Hasta en la policía hay traidores, señor Brynner?

Volvía a llamarle «señor Brynner». Para ella ya no era Roy, el amigo que durante una temporada había jugado al tenis con ella, nadado, comido y cenado y, hasta algunas veces, ya al término de la velada, había bailado algunas piezas, como excusa para encontrarse entre sus brazos.

—No sé, Bonnie, todo esto me tiene muy confuso.

Fue a salir, pero nuevamente se detuvo ya con la puerta abierta, para decir:

—Hasta nunca, Bonnie... Quizá... ya nunca vuelva por aquí.

La despedida pareció sacudir el enfado de la mujer, que apartándose de los restos de su abuelo y avanzando hacia él, musitó confusa:

—Adiós, Roy... ¿Cree... cree que le acusarán sus jefes?

—No sé, Bonnie... Es posible ¡Quién sabe!

—Lo... lo siento, Roy. Yo...

—No se preocupe. Bastante tiene con lo de su abuelo.

La muchacha rubia volvió a mirar hacia donde reposaba el cadáver, comentando:

—No... No era muy amable ni conmigo. Pero era bueno, Roy. Comúnmente la gente vulgar no le entendía ni él se entendía con ellos. Pero su pensamiento era elevado, su inteligencia clara y sus aspiraciones muy... ¡No sé cómo decir! Muy por encima de lo normal.

—Sí, Bonnie... Podría decirse que era... como un «hijo del futuro».

Al oír sus últimas palabras la muchacha giró velozmente la dorada cabeza nuevamente hacia él, indagando algo alarmada:

—¿Cómo ha dicho, Roy?

—Fue un simple comentario.

—Sí, pero usted nombró a... a...

—¿A los «Hijos del Futuro» se refiere?

—Sí... A eso, Roy.

Le estaba mirando tan fijamente que él aventuró:

—¿Ignoraba que su abuelo perteneció a esa secta?

La voz de la muchacha casi resultó inaudible al afirmar, algo pesarosamente:

—Sí... Pero mi abuelo me dijo que no se lo dijera a nadie. No es que tuviera nada que ocultar, pero no le gustaba que la gente lo supiera.

La mano de Roy Brynner quedó extendida y ella la estrechó escuchándole decir:

—Antes me despedí hasta nunca, Bonnie... Ahora creo que algún día volveremos a vernos.

—Hasta siempre, Roy.

* * *

El general Igor Anderson escuchó todos los argumentos de Roy Brynner, para negar al fin, tras sus alegatos:

—¡Todo eso es absurdo! Nada innoble podía partir de un hombre como el profesor Gunnar Bergman. Usted mismo acaba de decirme que ya intentaron asesinarle una vez, estando usted en la casa, cuando descubrió con sus hombres lo del ponche envenenado.

—Cierto, general. Pero aquello fue algo muy burdo. Me consta que sabían que yo y mis hombres lo descubriríamos.

—O sea que usted cree que fue una hábil coartada, para hacerle creer que su vida también estaba amenazada, como la de tantos científicos, ¿no es así?

—Así lo creo, señor.

—¿Y ahora qué me dice? ¡Gunnar Bergman ya no existe!

El coronel William Dotroret asistía a la entrevista y terció amistoso:

—Olvidemos todo esto, general Anderson. Ayudaré a Roy a redactar su informe y su misión habrá terminado en esa casa.

—Hágalo... Y procuren saber quién resultó el asesino. Supongo que la policía de seguridad del Gobierno Central Galáxico no se sentirá muy satisfecha con todo esto.

La seca actitud del general Igor Anderson se explicaba en cierta forma. A ningún alto cargo de la policía continental le resultaba agradable saber que, algún día, andando el tiempo, un organismo más superior que los continentales tendría potestad y prioridad ante ellos. El Gobierno Central Galáxico sólo se veía hasta entonces como una necesidad futura, para cuando el dominio de los hombres quedase extendido más allá del Sistema Solar, hasta las estrellas y en toda la Galaxia.

Con estas trabas siempre habían tenido que luchar. Aquello era como cuando, un par de siglos atrás, al unirse Europa tras la creación de lo que llamaron Mercado Común, los distintos gobiernos vieron con recelo que algún día tendrían que llegar a obedecer a unas autoridades supranacionales que gobernarían sobre todo el continente.

Roy Brynner olvidó estos recelos y para suavizar la actitud del general Igor Anderson prometió, aunque sin mucho convencimiento:

—Si todo lo que ha dicho Edward Sindrich y los criados de esa casa es cierto, le prometemos localizar al asesino.

—¿Qué les pasa, amigos míos? ¿Les cuesta creer que uno de sus hombres fue el culpable?

—Me cuesta creerlo, porque a todos los conozco muy bien, señor.

—¡Bah! ¡Bah! Pudieron sobornarle, comprándole con una buena cantidad. No hay duda de que en todo esto hay fuertes intereses en juego. De aceptarse las propuestas y las leyes que esos científicos proponen, ¿pueden figurarse ustedes los tremendos cambios que habría? ¡Lo que me extraña es que no ocurran más cosas!

—¿Más? —preguntó con cierta acritud el coronel Dotroret—. ¡No anda poco revuelto el mundo!

—¡No lo saben ustedes bien! —exclamó con pesadumbre el general Anderson—. Las opiniones están divididas y se multiplican los conflictos. Desde las altas esferas gubernamentales hasta el más simple obrero o empleado, todo el mundo discute y se permite opinar en pro o en contra.

Hizo una pausa antes de añadir, con un resoplido:

—Si seguimos así, no se terminará la vida por falta de oxígeno o por culpa de la contaminación creciente... ¡sino a puñetazos!

El coronel William Dotroret y Roy Brynner guardaron silencio, deseando terminar la entrevista y salir de aquellas oficinas. Pero el general Igor Anderson se mostró aún más comunicativo y vuelto hacia ellos, con aire más divertido les preguntó:

—¿No saben lo que la otra noche ocurrió en mi propia casa?

La única contestación que obtuvo fue un doble encogimiento de hombros de los dos hombres que tenía ante él.

—Todos terminamos peleando, sí, señor. Mi hija discutió con su esposo agriamente; ella dice que, si se implanta el control de la natalidad no lo cumplirá, y mi yerno, que ya está hasta los pelos de tener hijos, dijo que esa ley estaría pero que muy rebién. ¡La que se armó! ¡Y eso no fue todo! Mi esposa padece una leve enfermedad y me gritó que si me parecería bien que a

ella le aplicasen la eutanasia... Yo no supe qué contestar y mi duda le resultó tan ofensiva y dolorosa que... ¡Todavía no ha vuelto a hablarme!

—Es natural — acertó a decir Roy Brynner.

—Pero la cosa no terminó ahí. Mi hijo es técnico de una fábrica de productos químicos y, claro está, le tocaría ser trasladado a uno de esos endemoniados planetas. El pobre se puso a despotricar como un energúmeno y sólo conseguí hacerles callar a todos cuándo les dije: — Pero ¿qué queréis? ¿Qué toda la Humanidad muera por falta de oxígeno como murieron los dinosauros?»

Cuando lograron salir de las oficinas del jefe de la policía de Oslo, Roy Brynner miró a su jefe y ambos sonrieron. No podían por menos que pensar en los pequeños conflictos familiares que todo aquello estaba formando, en todas las esferas y hasta en los rincones más apartados de la Tierra.

Y es que, bien mirado; aquel grave problema de la contaminación era para reír... ¡Y para llorar!

CAPÍTULO XIII

Mientras nadaba entre dos aguas, Roy Brynner no dejaba de pensar en las últimas palabras de su jefe. El coronel William Dotroret le había prohibido regresar a la apartada finca del difunto profesor Gunnar Bergman, negándole el permiso oficial y advirtiéndole que, si lo hacía, sería única y exclusivamente bajo su propia responsabilidad.

No quería que la policía de seguridad del Gobierno Central Galáxico pudiera quedar más desacreditada, diciéndole por fin:

«Y si te matan, Roy... ¡Tuya será la culpa!» Pero Roy Brynner siempre había sido un hombre muy testarudo. ¡O muy tenaz!

Por eso llegó a la playa con su equipo submarino, librándose de él para mejor escalar las rocas y colarse en la finca por la parte trasera. Le constaba que, de haber regresado en algún vehículo, el sistema de alarma le habría detectado y él quería colarse en la casa sin que nadie lo supiera.

Lo consiguió gracias a sus poderosos músculos y a la elasticidad de un cuerpo sometido a duro y constante entrenamiento, aunque también gracias a sus botas especiales provistas de ventosas que le permitieron escalar la pared hasta la segunda planta, pese a que tuvo que andar por aquella pared como una araña hasta que encontró una ventana abierta.

Tardíamente comprendió que estaba, en la habitación de Bonnie Gillman, aunque no se arrepintió al instante. La muchacha rubia dormía tranquilamente en su amplio y cómodo lecho, y resultaba algo muy digno de ver aquella belleza de su joven cuerpo apenas cubierto con leve camisón y las ropas de la cama.

Pudo más la tentación que la prisa y se acercó para contemplarla mejor, frenando sus ansias de besar aquellos labios granates, que parecían ofrecerse a la dulce caricia.

Y entonces, súbitamente, de forma inesperada, como si la mujer presintiera su proximidad, Bonnie Gillman se despertó:

En la semipenumbra acertó a reconocerle y, con los ojos muy abiertos y tono indignadísimo, gritó:

— ¡Roy! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo puedes ser tan desvergonzado para...?

La mano femenina voló hacia un tablero lleno de botones colocado en la pared junto al lecho y Roy Brynner no dudó un solo instante. No podía dudar porqué, de hacerlo, la casa se llenaría de ruidos y lo que él pretendía averiguar seguiría en la duda.

El disparo partió del arma sordamente y la muchacha rubia recibió el impacto adormecedor en la garganta. Una diminuta aguja de hielo que, al contacto con la tibieza de la carne se desharía, pero diluyéndose la sustancia que la sumiría en un sueño profundo durante algunas horas.

Cuando la vio caer sobre la almohada, musitó quedamente:

—Lo siento, cariño. ¡Y gracias por tutearme, Bonnie!

Seguro que en sueños pensaría que él era un enamorado poco escrupuloso o un atrevido. Pero eso no tenía mucha importancia: más tarde, si tenía suerte y seguía viviendo, encontraría ocasión para explicarle su conducta al tiempo que le susurraría al oído todo lo atractiva y bonita que era.

Ya en el pasillo, no le costó mucho orientarse. Conocía perfectamente la casa, como sabía que las células fotoeléctricas no le permitirían entrar en el gabinete de Edward Sindrich, si es que el hombre que había sido el ayudante y secretario particular del profesor Gunnar Bergman permanecía en el interior y había accionado el mecanismo, para que las puertas permanecieran herméticamente cerradas.

Pero aquél era un problema con el que ya había contado. Por eso se limitó a trasladarse al fondo del corredor, ocultándose tras los cortinones de espuma de una de las ventanas, esperando allí pacientemente una hora, dos horas... Tres largas horas con los músculos entumecidos y todos los nervios en tensión, empezando a sospechar que su exploración sería infructuosa y que tendría que dar muchas explicaciones si llegaba el día y le localizaban allí, oculto como un vulgar ladrón al acecho.

Rayaba el alba cuando los pasos de Edward Sindrich repercutieron suavemente sobre la alfombra del corredor, encaminándose hacia uno de los cuartos de aseo que el mismo Roy Brynner había utilizado algunas veces. Apenas cerrada la puerta, salió de su escondite y furtivamente se situó ante las puertas del gabinete, que cedieron electrónicamente antes de llegar a tocarlas.

La habitación era amplia y constituía un perfecto lugar de trabajo. Una pantalla sobre una de las mesas indicó a Roy Brynner que era allí donde debía estar sentado Edward Sindrich, a juzgar por los muchos papeles y documentos que tenía extendidos sobre la mesa. Pero lo que más le llamó nuevamente la atención fueron el juego de pantallas de televisión y los complicados mecanismos que había sobre los paneles y los tableros cuajados de palancas, diales y botones.

Más que el gabinete de un científico aquello parecía una modernísima estación transmisora y receptora, como las que Roy Brynner había visto en alguna ocasión en sus breves visitas a los despachos de los jefes de la policía. Por lo menos había veinte pantallas de televisión situadas en medio círculo, de forma que pudieran ser observadas todas a la vez desde la mesa frontera a ellas, que también tenía sobre el tablero una complicadísima serie de

palanquitas y mandos.

Instintivamente buscó con la vista un lugar para ocultarse, calculando que Edward Sindrich no tardaría en regresar. Eligió uno de los ángulos de la amplia habitación, donde una serie de ficheros quedaban fuera de la luz de la pantalla que sobre la mesa de trabajo enviaba su foco sobre los documentos.

Con un poco de suerte, allí no le descubriría, si es que no iba hacia aquella parte en busca de algún dato de los ficheros.

Sintió un levísimo zumbido y las puertas nuevamente volvieron a franquear la entrada del alto y recio Edward Sindrich, que ajustándose un batín blanco como la nieve de mangas cortas, caminó directamente hacia su revuelta mesa de trabajo empezando a ordenar con desgana los papeles y documentos.

Por los días pasados en aquella casa, Roy Brynner sabía que aquel hombre infatigable prefería las horas de la noche para trabajar. Pero aquel día ya estaba rayando la aurora y resultaba extraño que continuase aún enfrascado en su tarea.

Una hora más tuvo que permanecer en cuclillas agazapado junto a los ficheros como un conejo asustado, conteniendo a medias la respiración que podía delatarle.

Hasta que al fin, su paciencia empezó a verse recompensada generosamente.

Una de las pantallas de televisión se iluminó, siguiéndole al poco otra y otra hasta quedar todas oscilando levemente antes de la transmisión. A su zumbido, Edward Sindrich cambió de lugar, situándose en el asiento frente a la mesa que dominaba el semicírculo de las pantallas.

Sus manos manipularon hábilmente, con la destreza de la costumbre, todas aquellas palanquitas y mandos a cuya obediencia las pantallas dejaban de oscilar para dar paso a los rostros de los hombres que iban apareciendo allí. El sonoro quedó también conectado, aunque fue el hombre que estaba en el gabinete el primero en hablar:

—Buenos días, amigos.

Una mezcolanza de voces de muy distintos tonos y matices debió de ser la respuesta a su salutación general, diciéndoles Edward Sindrich tras breve pausa:

—Les notificó que pronto firmarán los científicos indicados las propuestas y las leyes que el profesor Gunnar Bergman ha dejado, como testamento póstumo. Digamos que su muerte ha sido nuestra mejor baza, señores…

Incapaz de orientarse desde el lejano rincón donde observaba todos aquellos rostros en las pantallas, Roy Brynner sólo alcanzó a oír que uno de

ellos decía:

—¿Fue de veras necesario, señor Sindrich?

—Totalmente, amigos —fue la tajante respuesta—. Tuvimos noticias de Sandra Milow acerca de que empezaba a sospecharse del profesor Bergman. Nos envió al profesor y a mí la grabación de cierta conversación sostenida durante el vuelo de regreso de Roy Brynner con su jefe, el coronel William Dotroret.

-T- Habría sido más fácil eliminarles a ellos dos.

—Sandra lo intentó y ese fracaso precipitó las cosas. El mismo profesor Bergman estuvo de acuerdo en inmolarse en aras de nuestra causa. Ya saben cómo era y contaba con ese gran golpe de efecto.

La voz de Edward Sindrich llegó hasta Roy Brynner con un tono de cierto desdén, ampliando su información a todos los rostros reflejados en las múltiples pantallas:

—Por otra parte, el profesor ya era muy viejo. Últimamente se sentía muy cansado.

—Una investigación sobre su muerte puede perjudicarnos — objetó el sonoro de una de las pantallas.

—Lo hemos realizado de forma que parezca un atentado más contra los científicos. Esto refuerza la idea de que fuerzas ocultas siguen intentando anular las proposiciones del profesor Bergman y otros científicos. La opinión pública empieza a inclinarse a nuestro favor, por la ley de los contrastes.

El hombre de la calle, por muy en contra que al principio estuviera, empieza a preguntarse si la contaminación no es tan grave que se pretende anular los remedios que los hombres más sabios y capacitados de la Tierra proponen.

—Bien, señor Sindrich. ¿Cuándo se aprobarán las nuevas leyes?

—Pronto, y ya sólo será cuestión de tiempo. Los índices de contaminación han sido aumentados y el documento será firmado para pasar a los distintos gobiernos continentales.

—¿Será incluida la deportación en masa de esos dos mil millones?

—Es uno de los puntos claves, al que posiblemente más pronto accederán todos los gobiernos. Tengan en cuenta que también a las autoridades gubernativas les pesa esta sobrecarga de población. Los técnicos, los especialistas y los obreros no tendrán más remedio que obedecer.

Nueva transición en la voz del comunicante Edward Sindrich, que con cierta satisfacción añadió, haciendo sonreír a varios de los rostros que aparecían en las pantallas:

—No teman... ¡Pronto tendrán ustedes a sus «esclavos» ahí!

La denominación de «esclavos» electrizó casi al oculto Roy Brynner. Aquello implicaba que Edward Sindrich estaba comunicándose con hombres que no estaban en la Tierra.

Pero... ¿Dónde estaban?

¿Quizás en Marte? ¿En Júpiter, Saturno o en los otros planetas?

Tuvo que dejar de pensar, al oír su propio nombre en una de aquellas voces que debía venir desde los confines del espacio exterior:

—¿Qué hay de Roy Brynner?

—Eliminado como peligro — respondió Edward Sindrich.

—¿Ya ha muerto?

—No... Una vez fracasó Sandra y tras eliminar a todos sus hombres que dejó aquí, resultaría sospechoso atentar también sobre él. Pero repito que ha quedado eliminado como peligro. Se le dijo que uno de sus hombres traicionó a sus compañeros y les asesinó con el profesor. Hicimos desaparecer uno de los cadáveres y lo han creído, ante mi testimonio y el de tres de nuestros criados.

—Bien, señor Sindrich. ¿Se aprobará también la ley de la eutanasia?

—Se aprobará. El peligro de la contaminación es real y cada día puede medirse y comprobarse en aumento. Nosotros sólo nos hemos aprovechado de ese pánico justificado..., aunque aumentando un poco los índices. Por otra parte, si no se aprueba, cuantos más inútiles y tarados haya en la Tierra... ¡Mejor para nuestros fines!

—¿Y sobre el control de la natalidad?

—Nos interesa que esa ley se apruebe. En una posible y futura lucha, a los enemigos viejos y débiles se les vence mejor.

—Debemos ser cautos, señor Sindrich. Nuestras batallas han de seguir ganándose en el silencio. Nuestro movimiento de liberación viene funcionando desde hace más de un siglo, pero aún somos los más débiles. Incluso muchos de los nuestros se niegan a renegar de su madre Tierra. Es un absurdo espejuelo que en la Historia se repite con harta frecuencia, sobre todo para los espíritus apocados y excesivamente sensibles.

—Conozco nuestros postulados y doctrinas —replicó algo molesto Edward Sindrich —. Pero los «Hijos del Futuro» deben también pensar en el inmediato presente y acelerar las cosas. ¡Nuestras metas están cercanas!

—Así sea...

Reinó una pausa que al agazapado Roy Brynner se le antojó eterna para

todo su cuerpo dolorido y tenso por la forzada quietud. Tenía ganas de moverse, de gritar y lanzarse sobre las recias espaldas de aquel gran canalla, de el monstruo criminal que resultaba ser Edward Sindrich.

Pero logró seguir conteniéndose, aunque casi dio un respiro al oír gritar a la vez a voces que llegaban a través de las pantallas desde los confines más remotos del Sistema Solar:

—¡Ni Dios ni dueño!

—¡Ni Dios ni dueño! — contestó Edward Sindrich a su vez.

Y tras manipular en los mandos las pantallas se apagaron y enmudecieron pero dejando el eco de sus soberbias voces en aquel gabinete.

Un grito que a Roy Brynner se le antojó de odio y guerra...

CAPÍTULO XIV

Todo resultó fácil.

La lucha entre Roy Brynner y el recio Edward Sindrich no sólo tuvo la ventaja sorpresa para el primero, sino también la mayor habilidad, el mejor conocimiento de los golpes y, quizá, el convencimiento de que en aquellos instantes sus puños estaban defendiendo a toda la Humanidad de una monstruosa conjura.

Singular destino el suyo en el qué, con su victoria, podía salvar millones y millones de vidas, y con su derrota sólo perder la suya.

También resultó relativamente fácil efectuar una redada a escala internacional, tras poner una vez más fuera de la ley a todos los afiliados a las sociedades dependientes de los «Hijos del Futuro», que prontamente fueron siendo localizados; aunque lo cierto resultó que muchos de aquellos afiliados nada sabían de lo que habían estado preparando sus más altos jefes.

Por lo que respecta a los enlaces de los planetas con los cuales había sido sorprendido Edward Sindrich comunicando, bastó ponerle a la misma hora al otro día ante sus múltiples pantallas televisoras, obligándole a conferenciar nuevamente con ellos como había hecho todos los días, pero con la variante de que fueron astutamente registradas todas aquellas voces, clasificadas con sus correspondientes fotografías.

Las redadas en los diversos planetas fueron llevadas a cabo con mayor rigurosidad, así como la «limpieza» de todos los puestos directivos que llegó a alcanzar una escala realmente alarmante.

Prueba evidente de que, por mucha ciencia que hubiese llegado a alcanzar el hombre, en el fondo continuaba siendo un ingenuo.

Más justo será consignar que no faltaron sectores de la opinión pública que juzgaron todas aquellas drásticas medidas como una conjura más contra los científicos, que ansiaban remediar los males que por la creciente contaminación amenazaban a la Tierra. Resultaba fácil acusar a los gobiernos continentales de una hábil operación montada por ellos mismos, imitando la política del avestruz que suele esconder la cabeza bajo el ala, cuando se le persigue y se ve en peligro.

Fue inútil que nuevos grupos de científicos empezasen a trabajar ya sin misteriosas amenazas ni miedo y asegurasen que, si la contaminación existía, era en mucho menos grado y menos alarmante de lo que habían llegado a consignar los que habían sido capitaneados por el profesor Gunnar Bergman.

El miedo había calado muy hondo y a la gente no es fácil convencerla

cuando se trata de su propia seguridad.

Pero... ¿qué podía hacerse? ¿Aceptar las medidas precisamente propuestas por Gunnar Bergman y la formidable organización de los «Hijos del Futuro», contra la que ahora se combatía una vez conocidos sus fines?

Tal cosa habría resultado absurda.

Eso sí: se tomaron medidas aquí y allá en mayor o menor escala sobre la contaminación del aire y las aguas residuales, pero con tan poca eficacia y en tan escasa proporción, que el peligro continuó cada día en aumento.

Menos mal que, como otra de las facultades constantes en el hombre es el olvido y la de la adaptación, cada vez se fue hablando menos de aquello y llegó un momento en que la atención general se centró en la colonización de Plutón, el último rincón del Sistema Solar en el que sorprendentemente se descubrieron unos diminutos seres vivos que también empezaron a dar mucha guerra.

Se decía que se trataba de unas arañas del tamaño del pie de un hombre que hablaban o al menos se comunicaban a gritos y gestos entre sí, que se disponían a defender su remoto planeta emprendiéndola a mordiscos con todo aquel que se acercase a ellas.

—¡Las hay por billones! — decían los primeros viajeros.

—¡Un mordisco suyo es mortal! — aseguraban otros.

—¿No se les puede eliminar con raticidas o insecticidas?

—¡Al contrario! ¡Con eso engordan!

—Por descuido, en uno de los viajes se trajeron algunas y empiezan a multiplicarse en el Monte Everest.

—Dicen que ya se han comido una montaña. ¡La más alta!

Con todo esto ¡para seguir preocupándose de la «insignificante» contaminación estaba la gente!

Estos peligros, por no parecer reales, por no ser tangibles a simple vista, se olvidan.

Como cuando a un empedernido fumador le dicen que el cáncer lo produce el tabaco. Como cuando a un diabético se le anuncia que le perjudica el azúcar. Como cuando a un glotón se le avisa que la gordura perjudica y se convierte en una enfermedad. Como cuando a las mujeres se les aconseja que el teñirse el cabello es insano. Como cuando se le dice a los niños que las golosinas con exceso indigestan...

¿Olvido? ¿Despreocupación? ¿Inconsciencia?

¡La raza humana es así!

*   *   *

El mismo Roy Brynner, colmado de felicidad tras su soñado casamiento con la bonita muchacha rubia Bonnie Gillman, empezó a olvidarse del profesor Gunnar Bergman, de la misión que cierta vez le encargaron sus jefes y de todo aquel engorroso asunto de la contaminación.

Al menos se olvidó completamente de una de las rigurosas leyes que estuvieron a punto de aprobar los cinco gobiernos continentales, ya que antes de poder celebrar su octavo aniversario de boda ya tenía seis hermosos hijos, que crecían fuertes y rollizos, dos varoncitos llegarían a ser grandes atletas, a juzgar el desarrollado perímetro torácico del que ya empezaban a presumir.

—¿No da gusto verlos, Roy?

—Sí, Bonnie. ¡Han salido parecidos a ti!

—¡Oh, no, cariño! Al menos los niños, son altos y fuertes como tú, con anchas espaldas y robustos pechos.

Roy Brynner miraba a sus pequeños y un día, tontamente se encontró diciéndole a su esposa:

—A veces recuerdo las peregrinas teorías de tu abuelo, Bonnie.

—¿Qué teorías? Concretamente ¿a qué te refieres, Roy?

—A lo que nos contó de los dinosauros, que murieron por falta de oxígeno y cuyo perímetro torácico aumentaba cada vez.

—¡Por favor, Roy! ¡No digas bobadas, hombre! Nuestros hijos han nacido así, porque tú también eres grande y fuerte.

—Sí, Bonnie, sí... Debe de ser eso.

¡Y el tiempo pasando! Sin detenerse jamás...

*   *   *

Medio siglo después, en una de las colonias terrícolas más florecientes de Marte, una linda maestra de esbelta silueta, ojos grandes muy azules pero piel ligeramente verdosa, daba la lección a sus pequeños discípulos diciéndoles:

—...Y los hombres no hicieron caso y murieron como los dinosauros por falta de oxígeno, midiendo metro y medio de espalda con unos ávidos pulmones que no podían saciar...

Uno de los pequeñines inquirió tan sorprendido como incrédulo:

—¿Es eso cierto, señorita Brynner?

—Lo es; mi abuelo fue uno de los últimos supervivientes y me contó muchas cosas sobre la contaminación. ¡Muchas cosas!

—¿Es una historia bonita, señorita Brynner? — preguntó una linda niña de rubios cabellos, pero también de cutis ligeramente verdoso.

—No, pequeña. Es una triste historia, pero que no debéis olvidar. Los hombres quisieron cada vez más vehículos, más automóviles, más rápidos reactores, más astronaves y más comodidad. Se empacharon de progreso y de aparatos que se lo hacían casi todo: las mamás no lavaban, no planchaban, no cosían, no cocinaban y marchaban veloces de un sitio a otro con rápidos vehículos que, por millones y millones, cruzaban las gigantescas ciudades, en donde todo el mundo se amontonaba.

«...Las casas eran muy altas, casi tan gigantescas que rozaban las nubes». Parecían inmensas colmenas llenas de agujeritos donde se hacinaban las familias. Nadie quería vivir lejos de las ciudades, porque en el campo no se podían «disfrutar» de tantas «comodidades».

—¿Y quién cultivaba los campos, señorita Brynner?

—¡Oh! Casi nadie lo hacía: esas faenas se consideraban anticuadas. Muchos alimentos eran sintéticos, elaborados en grandes fábricas con productos artificiales, que a su vez alimentaban a seres que empezaban a ser artificiales.

«A veces no sabían si salía el sol o estaba nublado, porque su cielo estaba siempre cubierto de una densa capa de humos y detritus volatizados, procedentes de las grandes industrias, de las gigantescas factorías que precisaban para un consumo cada vez mayor de múltiples productos. En los ríos, los peces crecían en aguas residuales, contaminadas por miles y miles de toneladas de desperdicios que era preciso echar en alguna parte. Las industrias químicas creaban cada vez nuevas materias, aunque para su composición tuvieran que necesitar productos tóxicos que se expandían en el aire o se vertían en grandes cantidades en el mar...»

«...Pero un día los mares empezaron también a estar contaminados y, al evaporarse sus aguas por el calor del sol y convertirse en nubes, arrojaban a la Tierra una lluvia que ya no resultaba fecunda...

—Debió de ser muy triste, señorita Brynner.

—Lo fue, pequeños míos... Y mayormente porque el hombre no pudo remediarlo.

—¿Por qué no lo hizo?

—No se pusieron de acuerdo.

—¡Qué tontos! — dijo con franca ingenuidad una chiquilla.

—Ya os he dicho que algunos hombres de conciencia endurecida propusieron medidas que otros no podían aceptar. Pero, en vez de rebatir sólo aquellas teorías, debieron aplicarse todos al común esfuerzo de sanear los dones que Dios les había dado y que ellos estaban envenenando. No calcularon bien el peligro y los unos por los otros...

—¡Qué tontos! —volvió a repetir la misma niña.

—Por eso os lo cuento yo ahora, para que seáis conscientes, porque vosotros, todos vosotros, sois las generaciones del porvenir.

Y esperanzada, al terminar su lección, con una alegre ingenuidad de muchacha joven, la maestra exclamó a sus alumnos:

—Pero ¡ánimo y que no se diga aquello de que el hombre tropieza dos veces con la misma piedra!

* * *

Sí, realmente, la joven maestra de piel verdosa Bonnie Brynner era una ingenua.

Lo era porque olvidaba, algo muy importante, que sus jóvenes alumnos eran humanos. Pertenecían a la raza humana.

Era descendientes directos de aquellos hombres que, como los dinosauros, se extinguieron en la Tierra por falta de oxígeno.

Aunque, claro está: los dinosauros no fueron responsables de su trágico destino y el hombre, sí...

F I N



BOLSILIBROS TORAY
OESTE
ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.
HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.
SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.
6 TIROS
SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.
ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.
OESTE
BEST-SELLERS DEL OESTE
Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas.
Publicación quincenal.
GUERRA
HAZAÑAS BÉLICAS
Publicación quincenal. 9 ptas.
HAZAÑAS BÉLICAS
ANTICIPACIÓN
CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.
ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.
ESPIONAJE
ESPIONAJE
Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.
Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.
POLICÍACO
HURÓN
Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense...
Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.